

The background is a complex collage. At the top, there's a white architectural structure resembling a bridge or a modern building. Below it, a cityscape with various buildings is visible. Two circular icons are prominent: one on the left shows a face with a wide, toothy grin, and one on the right shows a face with a more neutral, slightly sad expression. The bottom right corner features a red pencil tip pointing upwards. The overall aesthetic is gritty and layered.

TÉCNICA, TECNOLOGÍA Y PROGRESO

desde una perspectiva crítica

Esta recopilación de textos pretende servir de pequeña introducción para una crítica de la técnica, la tecnología y de la noción de progreso para personas no iniciadas en el tema. El material aquí presentado va desde pequeños fragmentos de libros que ya se han convertido en clásicos hasta textos completos ya publicados, poesías, viñetas o dibujos. Cabe destacar que se ha obtenido en su mayor parte de diferentes portales de internet, que se detallan en el interior del libelo. Aconsejamos encarecidamente mirar la bibliografía del final para ampliar información sobre el tema.

EDICIÓN:

Konektante edicions.
unilliuere@riseup.net

MÁS INFORMACIÓN:

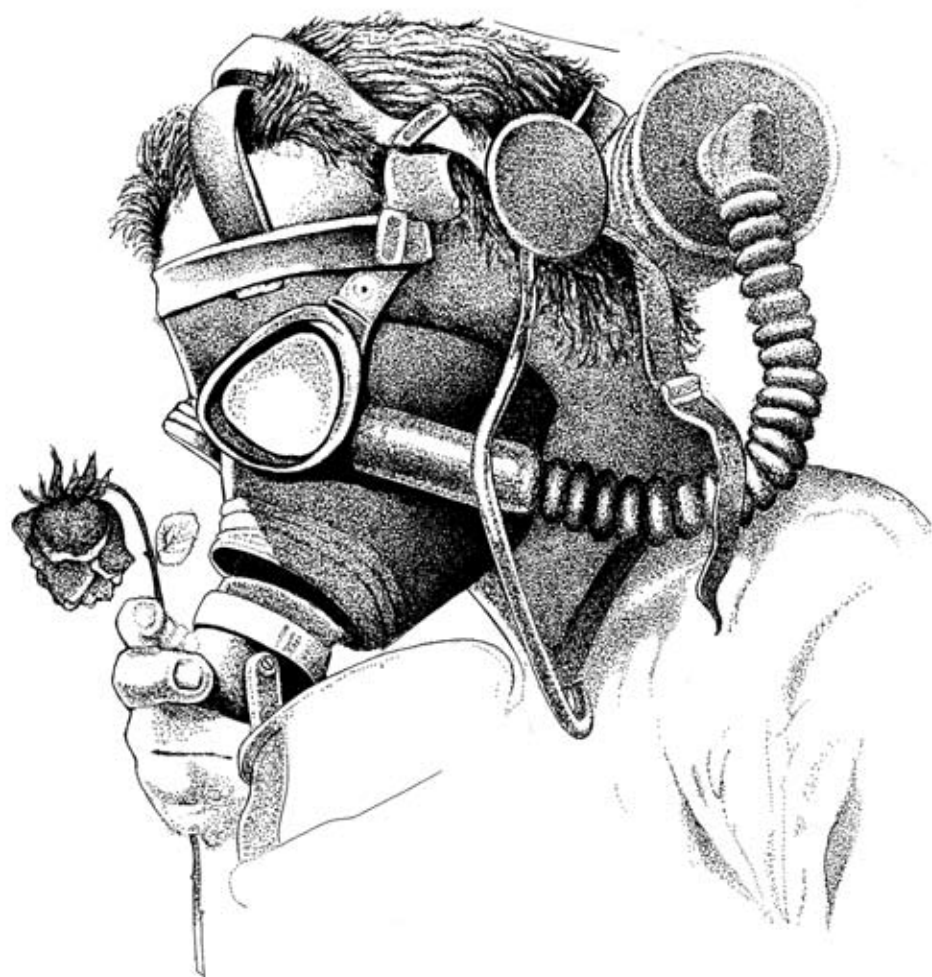
Universitat Lliure de Mallorca.
<http://uni-lliure.ourproject.org>



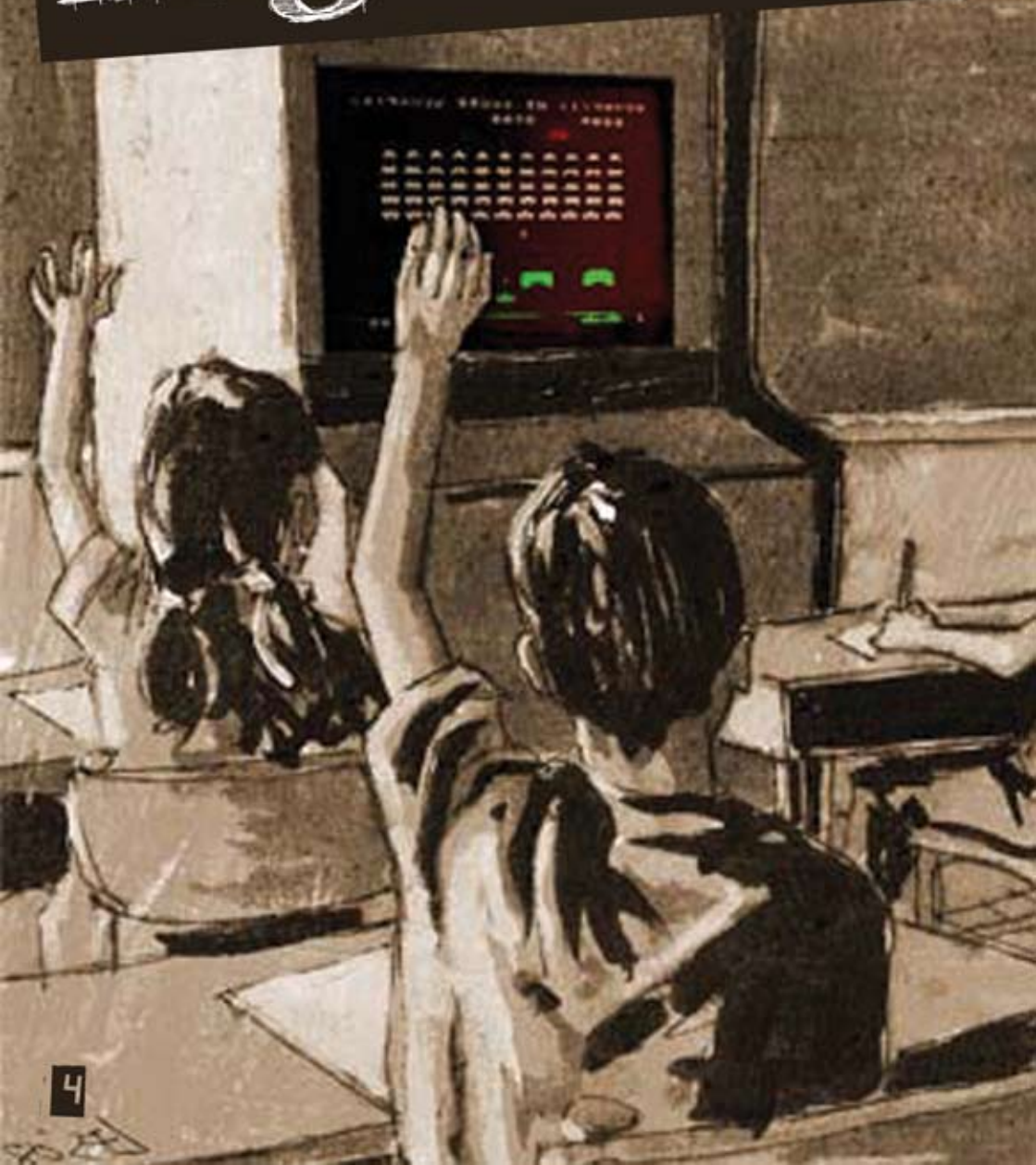
Os animamos a la reproducción, copia o modificación de este libelo /
fanzine para usos no comerciales.

ÍNDICE

- Fragmentos	4
- ¿Dónde estamos? por Miguel Amorós	8
- Review de la tecnología, por Gabriel J. Manzano M.	18
- La crítica antiindustrial y su futuro, por Javier Rodríguez Hidalgo .	20
- El buque de los necios, por Ted Kaczynski	34
- Notas preliminares, por Los Amigos de Ludd	38
- Bibliografía	43



fragmentos >



El hombre unidimensional

Herbert Marcuse

Ante las características totalitarias de esta sociedad, no puede sostenerse la noción tradicional de la "neutralidad" de la tecnología. La tecnología como tal no puede ser separada del empleo que se hace de ella; la sociedad tecnológica es un sistema de dominación que opera ya en el concepto y la construcción de técnicas.

La manera en que una sociedad organiza la vida de sus miembros implica una elección inicial entre las alternativas históricas que están determinadas por el nivel heredado de la cultura material e intelectual. La elección es el resultado del juego de los intereses dominantes. Anticipa modos específicos de transformar y utilizar al hombre y a la naturaleza y rechaza otras formas. Es un «proyecto» de realización entre otros. Pero una vez que el proyecto se ha hecho operante en las instituciones y relaciones básicas, tiende a hacerse exclusivo y a determinar el desarrollo de la sociedad como totalidad. En tanto que universo tecnológico, la sociedad industrial avanzada es un universo político, es la última etapa en la realización de un proyecto histórico específico, esto es, la experimentación, transformación y organización de la naturaleza como simple material de la dominación.

Conforme el proyecto se desarrolla, configura todo el universo del discurso y la acción, de la cultura intelectual y material. En el medio tecnológico, la cultura, la política y la economía, se unen en un sistema omnipresente que devora o rechaza todas las alternativas. La productividad y el crecimiento potencial de este sistema estabilizan la sociedad y contienen el progreso técnico dentro del marco de la dominación. La razón tecnológica se ha hecho razón política.

Los hijos de Eichmann

Günter Anders



Lo que quiero decir —lo sé, esta tesis parece aventurada— es que nuestro mundo actual en su conjunto se transforma en una máquina, está en camino de convertirse en una máquina.

¿Por qué podemos enunciar con razón esta tesis desmesurada?

No simplemente porque ahora hay tantas máquinas y aparatos (políticos, administrativos, comerciales o técnicos), o porque éstos desempeñan un papel tan determinante en nuestro mundo. Esto no justificaría esta caracterización. Lo importante es más bien algo más fundamental, algo relacionado con el principio de las máquinas —y ahora hemos de volver sobre este principio—. Pues este principio contiene ya las condiciones en virtud de las que el mundo entero se convierte en máquina. ¿Cuál es el principio de las máquinas?

El máximo rendimiento.

Y por esto no podemos concebir las máquinas como cosas concretas aisladas unas de otras, como si fueran piedras que sólo están allí donde están y que, por tanto, permanecen encerradas en sus límites físicos. Puesto que la *raison d'être* de las máquinas es el rendimiento, incluso el máximo rendimiento, necesitan, todas y cada una de ellas, mundos en derredor que garanticen este máximo. Y lo que necesitan, lo conquistan. Toda máquina es expansionista, por no decir «imperialista»; cada una de ellas se crea su propio imperio colonial de servicios (compuesto por personal auxiliar, de servicio, consumidores, etc.). Y de estos «imperios coloniales» exigen que se transformen a su imagen (la de las máquinas); que «jueguen su juego», trabajando con la misma perfección y seguridad que ellas; en una palabra: que, aunque localizadas fuera de la «madre patria» —preste atención al término, pues será un concepto clave para nosotros— se conviertan en «co-maquinales». La máquina originaria, pues, se expande, se convierte en «megamáquina»; y no sólo de forma accidental o circunstancial; de lo contrario, si cesara en ese empeño, dejaría de contar en el imperio de las máquinas. A esto se añade el hecho de que ninguna de ellas puede saciarse definitivamente incorporando a sí misma un ámbito de servicios, siempre limitado, por más grande que éste sea. De la «megamáquina» cabe decir, antes bien, lo que cabe decir de la máquina original: que también ella necesita un mundo exterior, un «imperio colonial» que se pliegue a ella y «juegue su juego» de modo óptimo, trabajando con la misma precisión que ella; que se crea un «imperio colonial» y lo transforma a su imagen, de modo que éste, a su vez, se convierte también en máquina. En una palabra: la autoexpansión no conoce límites, la sed de acumulación de las máquinas es insaciable. Decir que, en este proceso, las máquinas arrinconan como carentes de valor y nulos todos aquellos fragmentos de mundo que no se pliegan a la co-maquinización por ellas exigida; o que expulsan y eliminan, como si de desechos se tratara, a quienes, incapaces de prestar servicios o reacios al trabajo, sólo desean haraganear, constituyendo así una amenaza para la extensión del imperio de las máquinas, decir esto puede parecer trivial, pero precisamente por ello hemos de subrayarlo expresamente. Pues nada es más funesto, nada garantiza con mayor seguridad la falta de conciencia del principio de las máquinas, que el hecho de que esta falta de conciencia sea ya una trivialidad: lo que se considera trivial pasa inadvertido; y lo que pasa inadvertido se acepta sin rechistar.

Sobre el concepto de historia

por Walter Benjamin

La tradición del oprimido nos enseña que el "estado de excepción" en que vivimos no es excepción, sino la regla. Debemos llegar a una concepción de la historia acorde con este hallazgo. Entonces nos daremos cuenta de que nuestra tarea es hacer visible el verdadero estado de emergencia.

Con esto mejorará nuestra posición en la lucha contra el fascismo. Una razón por la que el fascismo puede darse es que sus oponentes, en nombre del progreso, lo tratan como si fuera una norma histórica. Asombrarse de que cosas "como las que estamos experimentando" todavía sean posibles en nuestros días no tiene nada de filosófico. Este asombro no es principio de sabiduría alguna. Aunque nos hace saber que la visión de la historia que lo hace posible es insostenible.

La fe necia de los políticos en el progreso, su confianza en la "base de masas", y, finalmente, su integración servil en un aparato incontrolable, son tres aspectos de la misma cosa.

El conformismo no sólo se adhiere a las tácticas políticas socialdemócratas, sino también a su visión económica. Esta es una de las razones de su fracaso. Nada ha corrompido tanto a la clase trabajadora como la noción de estarse moviendo a favor de la corriente. Desde aquí había ya sólo un paso hacia la ilusión de que la industrialización global, supuestamente conducente al progreso tecnológico, constituía de por sí un logro político.

Tal concepción reconoce sólo el progreso en el dominio de la naturaleza, pero es miope para ver el contenido de regresión social. Con ello se anticipan ya los rasgos tecnocráticos del fascismo. Hallamos una visión de la naturaleza siniestramente alejada de las utopías socialistas antes de la revolución de 1848. La nueva concepción del trabajo se eleva a la explotación de la naturaleza, que es entonces equiparada a la explotación del proletariado con una complacencia ingenua. Comparado con esta concepción positivista, las fantasías de Fourier, tan a menudo ridiculizadas, adquieren una pertinencia sorprendente. Según Fourier, a consecuencia del trabajo cooperativo eficiente, cuatro lunas iluminarían la noche terrenal, el hielo retrocedería a los polos y el agua del mar ya no estaría salada. Todo esto ilustra una especie de trabajo que, lejos de explotar la naturaleza, es capaz de liberar las creaciones potenciales que están inactivas en su matriz. Una naturaleza que "existe gratis" es el complemento de una concepción corrompida del trabajo.

El progreso, imaginado en las mentes socialdemócratas era algo ilimitado, de acuerdo con la infinita capacidad de superación del hombre. El progreso se consideraba también irresistible, algo que automáticamente seguía un curso directo o espiral. La crítica debe penetrar más allá de estas afirmaciones y centrarse en lo que tienen en común. El concepto de progreso histórico de la humanidad es inseparable de la idea de progresión en un tiempo vacío y homogéneo. Una crítica a tal concepto de progresión debe ser la base de cualquier crítica del concepto de progreso en sí mismo.

¿DÓNDE ESTAMOS?

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL TEMA DE LA TÉCNICA Y LAS MANERAS DE COMBATIR SU DOMINIO

por Miguel Amorós



“¿Qué tratamos de realizar? Cambiar la organización social sobre la que reposa la prodigiosa estructura de la civilización, construida en el curso de siglos de conflictos en el seno de sistemas avejentados o moribundos, conflictos cuya salida fue la victoria de la civilización moderna sobre las condiciones naturales de vida.”

William Morris, ¿Dónde estamos?

Walter Benjamín, en su artículo Teorías del fascismo alemán, recuerda la frase aparentemente extemporánea de León Daudet, *“el automóvil es la guerra”*, para ilustrar el hecho de que los instrumentos técnicos, no encontrando en la vida de las gentes un hueco que justifique su necesidad, fuerzan esa justificación entrando a saco en ella. Si la realidad social no está madura para los avances técnicos que llaman a la puerta tanto peor para la realidad, porque será devastada por ellos. El resultado es que la sociedad entera queda transformada por la técnica como tras una guerra. Realmente, con sólo citar la gran cantidad de desplazamientos de la población, la enormidad de datos almacenados y procesados por la moderna tecnología de la información y el gran número de bajas por accidentes, suicidios o patologías contemporáneas, parece que una guerra, en absoluto fría, sucede a diario en los escenarios de la economía, de la política, o de la vida cotidiana. Una guerra en la que siempre se busca vencer gracias a la superioridad técnica en automóviles, en ordenadores, en biotecnologías... Por la propia naturaleza de la sociedad capitalista, los cada vez más poderosos medios técnicos no contribuyen de ningún modo a la cohesión social y al desarrollo personal, ya que la técnica sólo sirve para armar al bando ganador. Para Benjamín pues, y para nosotros, *“toda guerra venidera será a la vez una rebelión de esclavos de la técnica”*.

Los adelantos técnicos, son todo menos neutrales, en todo desarrollo de las fuerzas productivas debido a la innovación técnica siempre hay ganadores y perdedores. La técnica es instrumento y arma, por lo que beneficia a quienes mejor saben servirse de ella y mejor la sirven. Un espíritu crítico heredero de Defoe y Swift, Samuel Butler, denunciaba el hecho en una utopía satírica. *“... en esto consiste la astucia de las máquinas: sirven para poder dominar (...); hoy mismo las máquinas sólo sirven a condición de que las sirvan, e imponiendo ellas sus condiciones (...). ¿No queda manifiesto que las máquinas están ganando terreno cuando consideramos el creciente número de los que están sujetos a ellas como esclavos y de los que se dedican con toda el alma al progreso del reino mecánico?”* (Erewhon o allende las montañas). La burguesía utilizó las máquinas y la organización “científica” del trabajo contra el proletariado. Las contradicciones de un sistema basado en la explotación del trabajo que, por un lado expulsaba a los trabajadores del proceso productivo y, por el otro, alejaba de la dirección de dicho proceso a los propietarios de los medios de producción, se superaron con la transformación de las clases sobre las que se asentaba, burgueses y proletarios. La técnica ha hecho posible un marco histórico nuevo, nuevas condiciones sociales -las de un capitalismo sin capitalistas ni clase obrera- que se presentan como condiciones de una organización social técnicamente necesaria. Como dijo Mumford, *“Nada de lo producido por la técnica es más definitivo que las necesidades y los intereses mismos que ha creado la técnica”* (Técnica y civilización). La sociedad, una vez que ha aceptado la dinámica tecnológica se encuentra atrapada por ella. La técnica se ha apoderado del mundo y lo ha puesto a su servicio. En la técnica se revelan los nuevos intereses dominantes.

Cuando “*la dominación de la naturaleza queda vinculada con la dominación de los hombres*” (Herbert Marcuse, *El Hombre Unidimensional*), el discurso de la dominación ya no es político, es el discurso de la técnica. Busca legitimarse con el aumento de las fuerzas productivas que comporta el progreso tecnológico una vez que ha puesto a su servicio el conocimiento científico. El progreso científicotécnico proporciona a los individuos una vida que se supone tranquila y cómoda y por eso es necesario y deseable. La técnica, que ahora se ha convertido en la ideología de la dominación, proporciona una explicación suficiente para la no libertad, para la incapacidad de los individuos de decidir sobre sus vidas: la ausencia de libertad implícita en el sometimiento a los imperativos técnicos es el precio necesario de la productividad y el confort, de la salud y el empleo. La idea del progreso era el núcleo del pensamiento dominante en el periodo de ascenso y desarrollo de la burguesía, progreso que pronto perdió su antiguo contenido moral y humanitario y fue identificado con el avance arrollador de la economía y con el desarrollo técnico que lo hacía posible. Efectivamente, los inventos técnicos y los descubrimientos científicos en el siglo XIX fueron tantos y provocaron tantos cambios económicos que generaron en los países industrializados, y no sólo entre su clase dirigente, una religión de la economía, una creencia en ella como la panacea de todas las dificultades. El progreso de la cultura, de la educación, de la razón, de la persona, etc, derivaría necesariamente del progreso económico. Bastaría un correcto funcionamiento de la economía para que la cuestión social cesara de dar disgustos. El mismo proceso se repetirá más tarde con la técnica, ante el fracaso definitivo de las soluciones económicas. Porque vueltos a la sociedad civil tras dos grandes guerras, se impone el pensamiento militar -un pensamiento eminentemente técnico- y los propios problemas económicos se crean para ser resueltos con procedimientos y adelantos técnicos. La economía pasó a segundo plano y la técnica se emancipó. La propia economía ya no es más que una técnica.

“*La emergencia de la tecnología occidental como fuerza histórica y la emergencia de la religión de la tecnología son dos aspectos del mismo fenómeno*” (David F. Noble, *La Religión de la Tecnología*). Según este autor, el deslumbramiento ante el poder de la técnica tiene raíces en antiguas fantasías religiosas que perviven en el inconsciente colectivo de los hombres: la Creación, el Paraíso, el virtuosismo divino, la perfectibilidad infinita, etc. Eso significa que la técnica posee un fuerte contenido ideológico desde los comienzos, que ha llegado a ser dominante en la época de los totalitarismos, en la época de la disolución de los individuos y las clases en masas. Desde entonces redefine en función de sí misma los viejos conceptos de “naturaleza”, “libertad”, “memoria”, “cultura”, “hechos”, etc., en fin, inventa de nuevo la manera de pensar y de hablar. La técnica cuantifica la realidad y, bautizándola con su lenguaje -con tecnicismos-, impone una visión instrumental de las cosas y de las personas. Neil Postman recuerda en *Tecnópolis* el adagio de que “a un hombre con un martillo todo le parece un clavo”. El mundo habla el idioma de los “expertos”. Un divulgador de las maravillas de la ciencia moderna como Julio Verne describe en una de sus primeras novelas de anticipación a ese producto natural de la era tecnológica un tanto someramente, pero no olvidemos que lo hace en 1876: “*Este hombre, educado en la mecánica, explicaba la vida por los engranajes o las transmisiones; se movía regularmente con la menor fricción posible, como un pitón en un cilindro perfectamente calibrado; Transmitía su movimiento uniforme a su mujer, a su hijo, a sus empleados, a sus criados, verdaderas máquinas-instrumentos, de las que él, el gran motor, sacaba el mejor provecho del mundo*” (París en el siglo XX). Por vez primera en la historia, la técnica

representa al espíritu de la época, es decir, corresponde al vacío espiritual de la época. Las relaciones entre las personas pueden considerarse como relaciones entre máquinas. Toda una gama de las ciencias ha nacido con esos planteamientos: cibernética, teoría general de sistemas, etc. Los problemas reales entonces se convierten en cuestiones técnicas susceptibles de soluciones técnicas, que serán aportadas por expertos -aquí decimos "profesionales"- y adoptadas por dirigentes, "técnicos" en tomar decisiones. La dominación desde luego no desaparece; gracias a la técnica ha adoptado las apariencias de una racionalización y se ha vuelto también técnica.

La técnica ha vaciado a la época de contenido: todo lo que no es directamente cuantificable, y por lo tanto medible, y por lo tanto manipulable, automatizable, no existe para la técnica. El poder de la técnica no sólo ha comportado la atomización y amputación de los individuos, sino la muerte del arte y de la cultura en general; la nada espiritual es el mal del siglo. La filosofía existencial, la vanguardia artística, la proliferación de sectas y la aparición de masas hostiles al gusto y a la cultura, son fenómenos que representan la sensación vivida del proceso de aniquilación de la individualidad, de supresión de lo humano, en el que la acción, inconsciente y absurda, es puro movimiento. Esta fatalidad histórica se intuye desde el principio de la era tecnológica, y nos la cuenta Meyrink en su relato Los Cuatro Hermanos de la Luna: *"Por lo tanto las máquinas han llegado a ser los cuerpos visibles de titanes producidos por las mentes de héroes empobrecidos. Y como concebir o crear algo quiere decir que el alma recibe la forma de lo que se ve o se crea y se confunde con ella; así los hombres están ya encaminados sin salvación en el sendero que, gradual y mágicamente, los llevará a transformarse en máquinas, hasta que un día, despojados de todo, se encontrarán siendo mecanismos de relojería chirriantes, en perpetua agitación febril, como lo que siempre han tratado de inventar: un infeliz movimiento perpetuo"*. La técnica se opone a los individuos como algo exterior, que poco a poco va desposeyéndoles del control de sus vidas y determinando sus acciones. En un mundo técnico, la máquina es más real que el individuo, que no es más que una prótesis suya. La fe en la técnica, que aun podíamos considerar burguesa, se ve acompañada entonces de un nihilismo cada vez más conformista y apologetico, sobretudo en la fase postburguesa de la era tecnológica, fruto del desencantamiento del mundo y de la destrucción del individuo. El pensamiento tecnocrático se complementa con una ideología de la nada, un verdadero mal francés que proclama la supremacía del modelo y la fascinación del objeto, que habla de la independencia del pensamiento respecto a la acción, del derrumbe de la historia y del sujeto, de las máquinas deseantes y del grado cero de la escritura, de la deconstrucción del lenguaje y de la realidad, etc. Desde el existencialismo y el estructuralismo hasta el postmodernismo, los pensadores de la nada constatan una serie de demoliciones de todo lo humano y se congratulan por ello; no pretenden contradecir la religión de la técnica, sino desbrozarle el camino. No son originales, ni siquiera son pensadores: plagian las aportaciones críticas de la sociología moderna o del psicoanálisis y fabrican un verborrea ininteligible con préstamos crípticos -como no- del lenguaje científico. En la objetivación completa de la acción social que efectúa la técnica, aplauden la abolición del individuo social en tanto que sujeto histórico. El sistema, la organización, la técnica, ha evacuado al hombre de la vida y estos ideólogos anuncian con alegría, como una gran revelación, el advenimiento del hombre aniquilado, del ser vacío y superficial cuya existencia frívola y mecánica consideran la expresión misma de la creatividad y la libertad.

El dominio, el poder, en la política y en la calle, en la paz y en la guerra, pertenece al mejor equipado tecnológicamente. La burguesía ha sido substituida por una clase tecnocrática no nacida de una revolución antiburguesa sino de la creciente complejidad social forzada por la lucha de clases y la intervención estatal. En el camino hacia una nueva sociedad basada en la alta productividad proporcionada por la automatización y en la economía de servicios, la burguesía se ha metamorfoseado en una nueva clase dominante. Esta no se define por la propiedad privada o el dinero sino por la competencia y la capacidad de gestión; la propiedad y el dinero son necesarios pero no son determinantes. La fuerza de la clase dominante no proviene exclusivamente de la economía, ni de la política, ni siquiera de la técnica, sino de la fusión de las tres en un complejo tecnológico de poder que Mumford denominó "megamáquina". Si la técnica, al convertirse en la única fuerza productiva, facilitó el triunfo de la economía, ahora la economía, al crear el mercado mundial, le ha allanado el camino a la técnica, y ésta impone la dinámica expansiva de la producción en masa al mundo entero. A su modo ha ridiculizado la figura del Estado, difuminando su historia y su papel después de que la economía lo convirtiese en el mayor patrón y la técnica lo transformase en una maquinaria de gobierno y de control de masas. Desde finales del XIX la estabilidad del sistema capitalista se consiguió gracias a la intervención del Estado, que desplegó una política económica y social correctora. El Estado dejó de ser una superestructura autónoma para fusionarse con la economía y presentarse como un escenario neutral donde podía resolverse el enfrentamiento entre clases. El Estado pasaba a ser el garante de las mejoras sociales, de la seguridad y de las oportunidades. El Estado "del bienestar" fue una invención que aseguraba a la vez la revalorización del capital y la aquiescencia de las masas. En su seno la política se convertía paulatinamente en administración, se profesionalizaba, se orientaba hacia la resolución de cuestiones técnicas. Aunque el régimen político fuera una democracia formal, la política no podía ser objeto de discusión pública: en tanto que planteamiento y resolución de problemas técnicos requería por un lado un saber especializado -era una tecnopolítica- en manos de una burocracia profesional, y por el otro, un alejamiento -una despolitización- de las masas. El progreso técnico conseguirá esta despolitización. Tenía la propiedad de aislar al individuo en la sociedad, al rodearlo de artilugios domésticos y sumergirlo en la vida privada. Por otra parte, cada etapa de dicho progreso anula la precedente, desarrollando un dinamismo compulsivo en el que la novedad es aceptada simplemente por ser novedad y el pasado es relegado a la arqueología. De esta forma crea un continuo presente, en el que nunca pasa nada puesto que nada tiene importancia y donde los hombres son indiferentes. ¿Fin de la historia? En una de las mejores sátiras escritas contra la explotación del hombre gracias a la ciencia y la técnica, Karel Capek, ironiza sobre esta banalización de los hechos: en una sociedad con tantas posibilidades técnicas "no se podían medir los acontecimientos históricos por siglos ni por décadas, como se había hecho hasta entonces en la historia del mundo, sino por trimestres (...) Podríamos decir que la historia se producía al por mayor y que, por ello, el tiempo histórico se multiplicaba rápidamente (según cálculos, cinco veces más)" (La Guerra de las Salamandras).

Gracias al Estado, que fomentó la investigación a gran escala en el campo de las armas bélicas, desde donde pasó a la producción industrial de bienes, el progreso científico y técnico dio un gran salto, convirtiendo a la tecnociencia en la principal fuerza productiva. La evolución del sistema social, y por lo tanto, de la Economía y del Estado, estaba determinada a partir de entonces por el progreso técnico. Ello no solamente implicaba la

decadencia del mundo del trabajo y anunciaba la obsolescencia de la clase obrera, que dejaba de ser la principal fuerza productiva, sino que significaba el fin del Estado protector. En las sociedades tecnificadas el control de los individuos se logra con estímulos exteriores mejor que con reglas que fijen sus conductas y los regimenes. Lo que domina entre los individuos no es el carácter autoritario -y su complemento, el carácter sumiso- sino la personalidad desestructurada y narcisista. El fin del Estado era antes que nada, el fin del carácter "social" del Estado. Ahora ha de limitarse a ser una organización -y cuanto más compleja, más técnica, y cuanto más técnica, con menos personal- de servicios públicos baratos, una red de oficinas eficazmente conectadas, policiales, administrativas, jurídicas o asistenciales. Las condiciones sociales que impone la técnica autonomizada no son en absoluto favorables a una centralización política, no promueven ni el estatismo ni el desarrollo de una burocracia disciplinada, más conformes con un Welfare state, o con un modo de producción colectivista autoritario, o con un Estado totalitario, correspondientes a una fase social precedente de la técnica, que con el despotismo tecnológico contemporáneo. Todos los sectores de la burocracia estatal o paraestatal están siendo reciclados, es decir, reorganizados según estrictos criterios de rendimiento que priman sobre los intereses de grupo. Como reza un antiguo proverbio bancario, todo es cuestión de números. Conviene recordar que quienes mandan no son los propietarios de los medios de producción -los empresarios, la vieja burguesía-, o los administradores del Estado -la burocracia- sino de las élites ligadas a la alta tecnología y a la "ingeniería financiera". Esas élites son apátridas y se sirven de los Estados como se sirven de los medios de producción y de las finanzas, combatiendo todo desarrollo autónomo de los mismos y exigiendo eficacia. Tampoco hay que olvidar que todo proceso técnico -productivo, financiero, político- tiende a eliminar a las personas y hacerse automático. Las masas no son necesarias más que en tanto que no existan máquinas para sustituirlas. El Estado totalitario era una técnica de gobierno donde todos los movimientos de las masas eran simplificados y reducidos a acciones predecibles, como en un mecanismo. Para él el pensar era una actitud subversiva y la obediencia la mayor de las virtudes públicas. Por eso necesitaba un enorme aparato policial. Pero la misma lógica de la técnica conduce al automatismo de las conductas, con cada vez menos necesidad de control, y por lo tanto, sin necesidad de líderes ni de grandes burocracias. Ni de grandes aparatos policiales; es mejor videovigilancia, unidades especiales de intervención rápida y servicios de protección privados. El individuo no existe, la clase obrera no existe, el Estado puede reducirse a una pantalla, es decir, puede virtualizarse. En ese momento histórico estamos.

La mecanización del mundo es la tendencia dominante de un proceso acabado en líneas generales. Pero todavía se dan contradicciones entre sectores más avanzados y menos avanzados, entre tradiciones burguesas y estatistas e impulsos desmesurados hacia la tecnificación, entre clases en proceso de disolución que ya no son sino grupos particulares con intereses privados y la nueva clase emergente, unificada y estable, extremadamente jerarquizada, en la que la posición de poder depende del elemento técnico. La técnica es un factor estratégico decisivo que se guarda como si fuera un secreto: es el secreto de la dominación. Pero eso no significa que los técnicos, por el mero hecho de serlo, gocen de una situación privilegiada. Evidentemente la oferta de empleos a profesionales y técnicos es la única que ha crecido, aunque en modo alguno ha aparecido una clase nueva de "mánagers", de directivos, dispuesta a hacerse con el poder. Lo único que ha variado es la

composición de los asalariados. Los expertos no mandan, solamente sirven. Los cuadros, la *intelligentsia* técnica, es sólo el espejismo de una clase provocado por los cambios ocurridos en los primeros momentos de la aparición de la alta tecnología, de la tecnocracia, cuando realmente esos asalariados desempeñaron un papel: el de facilitar su institucionalización. Con la especialización y la fragmentación crecientes del conocimiento y con el desarrollo del sistema educativo en la dirección más favorable a la tendencia dominante y su extensión a toda la población, todo el mundo está preparado para obedecer a las máquinas. Técnicos lo somos todos. La formación técnica no es ninguna bicoca: es la característica más común de todos los mortales. Es la marca de su desposesión.

La transformación del proletariado en una gran masa de asalariados sin ningún lazo ni solidaridad de clase no ha eliminado las luchas sociales, pero sí la lucha de clases. Cuando resultan perjudicados intereses surgen conflictos que pueden llegar a ser de gran intensidad y violencia pero que no tocan lo esencial -la técnica y la organización social basada en ella- y por consiguiente, no amenazan al sistema. No podemos interpretar las luchas de los funcionarios, de los excluidos, de los empleados, de los pequeños agricultores, de los cuadros, etc., en términos de lucha de clases. Son respuestas al capital que en su proceso de revalorización daña intereses sectoriales propios de determinados grupos sociales que no encarnan ni pueden encarnar el interés general, por lo que no ponen en peligro al sistema de dominación. El momento clave de la lucha es siempre la negociación, y esa la efectúan especialistas. Ningún grupo oprimido específico puede por su situación objetiva llegar a ser embrión de una clase social, un sujeto histórico cuyas luchas lleven consigo las esperanzas emancipatorias de la mayoría de la población. Todas las luchas ocurren ya en la periferia del sistema. El sistema no necesita a nadie, no depende de ningún grupo en concreto. Si éste se segregara, el sistema funcionaría igual sin él. Su lucha, por tanto, sólo será marginal y testimonial. Carece de las perspectivas revolucionarias de la vieja y desaparecida lucha de clases. Los grupos sociales oprimidos ya no se enfrentan a la dominación como clase contra clase. Por otra parte, ningún grupo aspira a la liquidación del sistema, porque ningún grupo, a pesar de la acumulación de efectos nocivos, ha contestado la supremacía de la técnica, que proporciona cohesión y solidez a la dominación. El consenso respecto a la técnica -todo el mundo cree que no se puede vivir sin ella- justifica el dominio de la oligarquía tecnocrática y diluye las necesidades de emancipación de la sociedad.

Toda revuelta contra la dominación no representará el interés general si no se convierte en una rebelión contra la técnica, una rebelión luddita. La diferencia entre los obreros ludditas y los modernos esclavos de la técnica reside en que aquellos tenían un modo de vida que salvar, amenazado por las fábricas, y constituían una comunidad, que sabía defenderse y protegerse. Por eso fue tan difícil acabar con ellos. La represión dio lugar al nacimiento de la policía inglesa moderna y al desarrollo del sistema fabril y del sindicalismo británico, tolerado y alentado a causa del luddismo. La andadura del proletariado comienza con una importante renuncia, es más, los primeros periódicos obreros -cito a L. 'Artisan, de 1830- elogiarán las máquinas con el argumento de que alivian el trabajo y que el remedio no está en suprimirlas sino en explotarlas ellos mismos. Contrariamente a lo que afirmaban Marx y Engels, el movimiento obrero se condenó a la inmadurez política y social cuando renunció al socialismo utópico y escogió la ciencia, el

progreso (la ciencia burguesa, el progreso burgués), en lugar de la comunidad y el desarrollo individual. Desde entonces la idea de que la emancipación social no es “progresista” ha circulado por la sociología y la literatura más que por el movimiento obrero, con la excepción de algunos anarquistas y seguidores de Morris o Thoreau. Así por ejemplo, tendríamos que abrir la novela *Metrópolis*, de Thea Von Harbou, para leer arengas como ésta: “*De la mañana a la noche, a mediodía, por la tarde, la máquina ruge pidiendo alimento, alimento, alimento. ¡Vosotros sois el alimento! ¡Sois el alimento vivo! ¡La máquina os devora y luego, exhaustos, os arroja! ¿Por qué engordáis a las máquinas con vuestros cuerpos? ¿Por qué aceptáis sus articulaciones con vuestro cerebro? ¿Por qué no dejáis que las máquinas mueran de hambre, idiotas? ¿Por qué no las dejáis perecer, estúpidos? ¿Por qué las alimentáis? Cuanto más lo hagáis, más hambre tendrán de vuestra carne, de vuestros huesos, de vuestro cerebro. Vosotros sois diez mil. ¡Vosotros sois cien mil! ¿Por qué no os lanzáis, cien mil puños asesinos, contra las máquinas?*”. Evidentemente, la destrucción de las máquinas es una simplificación, una metáfora de la destrucción del mundo de la técnica, del orden técnico del mundo, y esa es la inmensa tarea histórica de la única revolución verdadera. Es una vuelta al principio, al saber hacer de los comienzos que la técnica había proscrito.

No se trata de un retorno a la Naturaleza, aunque las relaciones de los hombres con la Naturaleza habrán de modificarse radicalmente y basarse menos en la explotación que en la reciprocidad, pues al destruir la Naturaleza se destruye inevitablemente naturaleza humana. Ya no es cuestión de dominarla sino de estar en armonía con ella. La existencia de los seres humanos no habrá de concebirse como pura actividad de apropiación de las fuerzas naturales, movimiento, trabajo. Una sociedad no capitalista, es decir, librada de la técnica, no será una sociedad industrial pero tampoco una especie de sociedad paleolítica; habrá de conformarse con la cantidad de técnica que se pueda permitir sin desequilibrarse. Debe eliminar toda la técnica que sea fuente de poder, la que destruya las ciudades, la que aisle al individuo, la que despueble los campos, la que impida la aparición de comunidades, etc., en fin, la que amenace el modo de vida libre. Todas las civilizaciones anteriores fundadas en la agricultura, la artesanía y el comercio, han sabido controlar y contener las innovaciones técnicas. La sociedad capitalista ha sido una excepción histórica, una extravagancia, un desvío.

Si quienes se hallan comprometidos en la lucha contra la técnica miran a su alrededor, constatarán que los estragos tecnológicos despiertan todavía una débil oposición, parasitada por el ecologismo político o directamente recuperada por gente al servicio del Estado. Por otra parte, ningún movimiento de una cierta amplitud, partiendo de conflictos precisos, ha tratado de organizarse claramente contra el mundo de la técnica. Apenas se redescubren las grandes aportaciones de la sociología crítica americana, o las de la escuela de Frankfurt, o la obra de Ellul, no obstante tener muchos años de existencia. La tarea de actualizar esa crítica y ponerla en relación con la de transformar radicalmente las bases sobre las que se asienta la sociedad moderna es algo que todavía no comprenden más que pocos. Los más, tratan de combatir al sistema desde terrenos con cada vez menos peso: el de las reivindicaciones obreras, el de los derechos de las minorías, el de los centros juveniles, el de la exclusión social, el del sindicalismo agrario, etc. Sin menospreciar el compromiso social de nadie, estas luchas tienen un horizonte limitado, no sea más que porque evitan la cuestión clave, cuando no comparten con el sistema su tecnofilia. De

todas formas, merecen apoyo aquellas que reconstruyen la sociabilidad entre sus participantes e impiden la creación de jerarquías. La acción de quienes se oponen al mundo de la técnica todavía no ha llevado a grandes cosas, ya que tal oposición es sólo una causa y no un movimiento. Pero al menos ha servido para incrementar la insatisfacción que la técnica viene sembrando y para apuntar en la buena dirección. La apología de la técnica pone en mala posición a sus partidarios cuando deviene demasiado visiblemente apología del horror. El sistema admite no ser ningún paraíso y se justifica como el único posible, tanto que no haya nadie que pueda mandarlo al basurero de la historia. Ahí estamos. El sistema tecnocrático produce ruinas, lo que favorece la difusión de la crítica y posibilita la acción contra él. La cuestión principal son los principios más que los métodos. Cualquier proceder es bueno si es necesario y sirve para popularizar las ideas, sin que ello sea óbice para ninguna capitulación: se participa en las luchas para hacerlas mejores, no para degenerar con ellas. En ausencia de un movimiento social organizado, las ideas son lo primero, el combate por las ideas es lo importante, pues ninguna perspectiva puede nacer de una organización donde reine la confusión respecto a lo que se quiere. Pero la lucha por las ideas no es una lucha por la ideología, por una satisfecha buena conciencia. Hay que abandonar el lastre de las consignas revolucionarias que han envejecido y se han vuelto frases hechas: resulta incongruente cuando no existe proletariado hablar del poder absoluto de los Consejos Obreros, o de la autogestión generalizada cuando sería cuestión de dismantelar la producción. El final del trabajo asalariado no puede significar la abolición del trabajo, puesto que la tecnología que suprime y automatiza el trabajo necesario sólo es posible en el reino de la Economía. Las teorías de Fourier sobre la "atracción apasionada" serían más realistas. Tampoco una acción voluntarista sirve de mucho, si las masas que consiga agrupar no sepan qué hacer una vez hayan decidido hacerse cargo, sin intermediarios, de sus propios asuntos. En esa situación, incluso los éxitos parciales, al abrir perspectivas que no podrán afrontarse con coherencia y determinación, acabarán con el movimiento mejor aún que las derrotas. La tarea más elemental consistiría en reunir alrededor de la convicción de que el sistema debe ser destruido y edificado de nuevo sobre otras bases al mayor número de gente posible, y discutir el tipo de acción que más conviene a la práctica de las ideas derivadas de dicha convicción. Dicha práctica ha de aspirar a la toma de conciencia por lo menos de una parte notable de la población, porque mientras no exista una conciencia revolucionaria suficientemente extendida no podrá reconstituirse la clase explotada y ninguna acción de envergadura histórica, ningún retorno de la lucha de clases, será posible.

Septiembre de 1999.

Publicado en la revista *Maldejo*, nº 1, Junio 2000.

Publicado en el libro *Perspectivas Antidesarrollistas*, Febrero 2011.

Disponible en: <http://reflexionrevuelta.wordpress.com/>

VANESA... PABLITO...
¡MIRAD!... ¿VEIS AHÍ ABAJO?
ES GRACIAS A ESTAS PERSONAS
QUE SE MUEREN HORRIBLEMENTE
EN LA MISERIA QUE NOSOTROS
PODEMOS TENER UN REPRODUCTOR
DE DVD INTRODUCIDO SUBCUTÁNEAMENTE
EN EL RECTO DE NUESTRA
PERRITA FIFÍ...

¡POBRECILLOS!...
¿VERDÁ...?

PSÉ





review de la tecnología

Avanzo mas rápido que una fiera,
desconcertando al desprolijo quien ignorancia
ya tenía. Sorprendió al que mas sabia,
sorprendió sabiduría.

Avanzó como sin trampas,
no tenía desventajas,
su recurso aprovechaba
y nuestra vida alargaba

Sacó las entelequias y trajo realidad
y dicen que esta duele si no hay libertad.

Hizo feliz al aburrido,
enojo al anticuado,
dio suspiro al apurado,
y alentó al desahuciado.

Nuestro culto cambió, todos cambiamos.
Un mundo quedó donde
ignorantes e indiferentes aclamaron:
no lo sé, no me interesa!
Se acabo para ellos, no más pan en su mesa

Casi todo fue verdad?
casi todo fue mentira?
no lo sabemos,
¿sabe un niño que al que espera
no es santaclaus en navidad?

Nosotros seríamos la sociedad,
él seria la tecnología que de ésta
nunca un punto final.

Gabriel J. Manzano M.
Obtenido de: <http://www.poesiaspoemas.com>



La crítica antiindustrial y su futuro

Javier Rodríguez Hidalgo

En los últimos años se ha dado una difusión notable de una crítica social que podríamos calificar de antiindustrial y antiprogresista. Sus rasgos principales son: un rechazo rotundo de la idea de progreso; un juicio crítico respecto a lo que ha supuesto la modernidad; un cuestionamiento absoluto de las posibilidades liberadoras de la tecnología; la constatación de que un desastre ecológico y humano está en marcha; y una crítica de la idea de neutralidad de la técnica. Aunque estos rasgos son demasiado genéricos, intentaré mostrar la forma en que esta crítica radical ha ido extendiéndose últimamente por el Estado español: primero con las aportaciones foráneas traducidas (por ser las primeras expuestas con una cierta coherencia teórica); a

continuación, con sus variantes autóctonas; y al final repasaré las objeciones más habituales que pueden hacerse a estas ideas, así como mis propias críticas. No me molestaré en ocultar, para evitarme reproches a posteriori, que me identifico con esta crítica antiindustrial.

Por diversos motivos, no hablaré del primitivismo. La llamada "crítica anticivilización" o "anti-dominación" se obviará en este artículo. Señalaré por último que sólo pienso hablar de las formulaciones teóricas más elaboradas, pues en realidad la crítica del desarrollo o incluso del progreso ya había aparecido esbozada, por ejemplo, en el País Vasco durante las luchas contra la autovía de Leizarán, hace más de quince años.

I

Theodore J. Kaczynski, más conocido como Unabomber, hizo pública su crítica de la sociedad industrial en circunstancias muy especiales [1]. Poco antes de su detención el 13 de abril de 1995, logró que dos de los diarios más importantes de Estados Unidos publicaran su manifiesto, cuyo verdadero nombre es La sociedad industrial y su futuro, con la firma de Freedom Club. El impacto mediático de la captura de Kaczynski ayudó enormemente a difundir sus tesis acerca del porvenir de la sociedad tecnoindustrial pero al mismo tiempo las ensució como si se tratara de los delirios de un psycho-killer. En esencia, Kaczynski dice que la sociedad industrial, obesa, ciega y lastrada por sus inercias, se encamina al desastre, y que los radicales tendrían que aprovechar la oportunidad que abrirá el colapso del sistema para reconstruir una sociedad más humana, basada en comunidades reducidas y en un nivel de desarrollo técnico accesible, no jerarquizado ni basado en una excesiva división del trabajo. Descarta asimismo toda posibilidad de reforma del sistema y critica la idea de que pueda haber tecnologías emancipadoras. Acompaña estas reflexiones con un ataque implacable contra el izquierdismo y el progresismo, y con algunas observaciones sobre la técnica en general. Para Kaczynski, la única lucha prioritaria debe ser la lucha contra el sistema industrial. Todas las demás son insignificantes al lado de ésta.

El Manifiesto de Unabomber (o de FC), como se le ha llamado habitualmente, ha circulado mucho desde entonces. Su mérito principal ha sido

presentar las cosas con una especie de inocencia realmente inaudita en la crítica social, por lo general muy dada al conformismo militante o al compadreo. Su mayor defecto radica en la esperanza que Kaczynski parece depositar en las posibilidades salvadoras del desplome de la sociedad industrial. Pese a ello, está claro que su manifiesto cayó como una bomba (perdón por el chiste fácil) en el mundo de la crítica ecologista radical, necesitada de romper con todo devaneo reformista y de una visión con cierta coherencia teórica del actual estado de la sociedad tecnológica. En otros textos posteriores, que se han publicado con cuentagotas, Kaczynski ha seguido insistiendo en las ideas fundamentales de La sociedad industrial y su futuro. Quizá la mayor novedad es que en alguna ocasión ha llegado a mostrarse partidario de abolir no sólo el sistema tecnoindustrial sino la civilización en su conjunto, lo que ha facilitado la asunción de su discurso por parte de algunos primitivistas.

De una forma mucho más lenta y silenciosa ha ido abriéndose paso la crítica de la parisina Encyclopédie des Nuisances (EdN), la Enciclopedia de los efectos nocivos (o de las nocividades). La EdN empezó su andadura como colectivo editor de una revista homónima en 1984. Hasta 1992, año de la aparición del último fascículo, publicó quince números, trece de ellos antes de 1989. En 1993 se funda la editorial Encyclopédie des Nuisances, que ha publicado una veintena de libros (por ejemplo, una traducción francesa de La sociedad industrial y su futuro de Kaczynski) que profundizan en la vertiente de la crítica antiprogresista que se había esbozado en la

revista. En el Estado español la EdN no empezó a ser conocida hasta 1997, cuando se editaron sus primeros libros, a los que no tardaron en sumarse otros [2]. Su influencia ha sido creciente en los últimos años, de forma directa (a través de sus propias obras) o indirecta (gracias a la aportación de los grupos autóctonos, de los que hablaremos después).

Para entender bien las ideas de la EdN, hay que explicar que el término nuisances -"efectos nocivos" o "nocividad"- no designa sólo las consecuencias de la vida moderna (contaminación, ruido, etc.) sino el conjunto de perjuicios que un sistema social concreto, el capitalismo industrial, inflige a los seres humanos. Así, el trabajo asalariado se cuenta entre los efectos nocivos de la época. La crítica de la EdN apunta a la modernidad, y aquí la palabra "crítica" no debe entenderse como sinónimo de ataque sino como intento de desentrañar y desnudar una realidad. Al modo de Horkheimer y Adorno en la Dialéctica de la Ilustración, los enciclopedistas ven un aspecto emancipador en el proyecto transformador de la modernidad, enunciado e impulsado en el Siglo de las Luces, pero destacan igualmente su lado perverso: el afán racionalizador y cuantificador, la ideología del progreso, el desprecio hacia la tradición, así como algunas ilusiones heredadas de épocas anteriores. Constatan que es este lado de la modernidad el que ha acabado por imponerse y que dirige, cada vez con menos oposición, el destino de la humanidad. El problema es que el sistema totalitario erigido a lo largo de los siglos XIX y XX, en parte derivado del proyecto de la Ilustración y que puede consider-

arse ya "encarrilado" a partir de la segunda Guerra Mundial, gobierna como un déspota solitario y hace tabla rasa con todo lo anterior, incluyendo los saberes y capacidades humanos que permitían concebir un mundo más justo y menos aberrante. La tecnificación y mercantilización cada vez más avanzadas de todas las esferas de la vida humana, tanto social como personal, hacen creer que este proceso es irreversible. Del mismo modo, la EdN denuncia todas las esperanzas de liberación tecnológica (empezando por la informática) como un deus ex machina irreal, una mistificación que contribuye a aceptar las imposiciones del sistema. Critica igualmente la idea de que la industria sea algo neutral, una simple herramienta que sólo tiene que cambiar de manos para dejar de ser un instrumento de tortura y convertirse en algo liberador.

Según la EdN, los seres humanos de nuestra época son mucho más reacios que nunca a la idea misma de emancipación. La pérdida de saberes tradicionales, que se han visto sustituidos por sucedáneos en forma de mercancías o servicios, hace que la tarea de transformar la sociedad sea mucho más difícil. En efecto, ya no queda gran cosa que merezca ser autogestionada: desde el lenguaje a la cocina popular se ven afectados por la degradación industrial; pero el mayor logro de este sistema es haberse hecho deseable para sus dominados. Ante esto, ni siquiera el derrumbe que está produciéndose ya permite augurar posibilidades de liberación. En un libro que la EdN publicó a fines de 2000, titulado significativamente Después del hundimiento, Jean-Marc Mandosio escribía a propósito de la tesis de Jacques Ellul sobre el desplome del

sistema industrial: hace ya mucho tiempo que nos encontramos en "un enorme desorden mundial" en el que la contradicción y el desconcierto se han convertido en la norma, sin que ello signifique el final del "sistema tecnicista" [3]. La multiplicación de las crisis locales y del caos a gran escala refuerza, paradójicamente, la coherencia del sistema en su conjunto, que se nutre de la confusión y de la contradicción, de las que puede sacar nuevas fuerzas para extenderse y perfeccionarse y profundizar aún más la alienación del individuo y la destrucción del medio ambiente. Los que esperan que la sociedad industrial se hunda a su alrededor corren el riesgo de tener que sufrir su propio hundimiento, porque este hundimiento, que ya está casi consumado, no es el del "sistema tecnicista", sino de la conciencia humana y de las condiciones objetivas que la hacen posible.

Tenemos aquí la clave del desastre que acontece por doquier y del cual, según la EdN, no debemos esperar ninguna garantía de que el cambio vaya a ser a mejor: el sistema industrial está arrastrando consigo esa sensibilidad humana que podría juzgar malo lo existente. La auténtica catástrofe es ésa. A diferencia de los primitivistas, que parecen entusiasmarse con la posibilidad de un cataclismo a escala mundial (y cuanto más devastador, mejor), los enciclopedistas rechazan "la satisfacción indisimulada con la que [algunos teóricos] hablan de crisis, de hundimiento, de agonía, como si poseyeran algún seguro especial sobre la dirección de un proceso del que todo el mundo espera que alcance por fin un resultado decisivo" (Jaime Semprun, El fantasma de la teoría).

II

Al sur de los Pirineos también se han dado a conocer intentos de profundizar en la crítica antiindustrial. Sólo me referiré a dos de estos intentos: Maldejo y Los amigos de Ludd, por ser los que han intentado ofrecer algo propio a esta crítica, aunque también es notable la labor de la editorial Alikornio, que ha publicado algunos libros importantes en este sentido [4].

El primer número de Maldejo se publicó en junio de 2000, al que siguió un segundo (y último) en abril de 2001. Además de traducciones de artículos de la EdN y sus epígonos, hay un intento de llevar más allá esa crítica de la tecnología, que se aplica a Internet, a la televisión o a las biotecnologías. Es una lástima que el conjunto esté lastrado por un tono demasiado prositu [5], que se vuelve desconcertante en el nº 2 de la revista: en las mismas páginas conviven Debord y los padrinos de la ideología italiana (Virno, Negri y demás ralea). Sin embargo, el naufragio de esta experiencia sirve para alertar de los riesgos de la posible implantación de una moda "antiindustrialista": algunos de los redactores de esta revista que quería hacer una "crítica de la dominación tecnológica" abogan ahora por la creación de "soviets del cognitariado" (sic) que transformen el mundo gracias -ni que decir tiene- a la informática.

En diciembre de 2001 apareció el número 1 de Los amigos de Ludd, la primera publicación que se presenta como específicamente antiindustrial. Además de traducir textos de autores extranjeros (sobre todo franceses, como la propia EdN), han

publicado sus propias ideas sobre la sociedad industrial. Casi desde el principio han insistido en la necesidad de una crítica radical del sistema vigente y de las protestas ciudadanistas, lo que les llevó, por ejemplo, a oponerse con dureza al discurso de la plataforma Nunca más, pues consideraban que en realidad contribuía a acatar la dictadura del petróleo. El hecho de que en alguna ocasión hayan defendido las extintas comunidades rurales de la península Ibérica como menos alienadas, y más libres, que la sociedad moderna, les ha valido ser tachados de "tardomarxistas incondicionales del campesinado pre-industrial". Esta sentencia, no obstante, no parece justa, puesto que los propios editores del boletín han insistido a menudo, por un lado, en criticar las ideas de Marx y, por otro, en que la referencia al modo de vida de la población campesina no es una mitificación del pasado, sino que se trata más bien de tratar de entender cómo era un mundo que, al desaparecer, está llevándose consigo la posibilidad de condenar el que ha venido después. Un aspecto de las tesis sostenidas por Los amigos de Ludd que debemos subrayar es su oposición frontal a lo que llaman "ilusiones activistas", entre las que sobresale la variante hacker [6]. Aunque reivindican claramente la acción directa y el sabotaje como medios de lucha, ante todo parecen ser partidarios de disipar las ilusiones ideológicas del presente para saber en qué momento actuar, pues las fuerzas de las personas realmente interesadas en el cambio social son escasas, y deben dosificarse con inteligencia. Es obvio que Los amigos de Ludd creen que nadie puede permitirse el lujo de dar palos de ciego en una situ-

ción tan delicada como la actual.

III

Una vez que hemos visto cómo ha penetrado y está difundiéndose la crítica antiprogresista en nuestro entorno, hemos de preguntarnos por la situación en que se encuentra ahora, y qué objeciones se le han planteado hasta el momento.

En primer lugar, normalmente los más reacios a estas ideas son los sectores de ultraizquierda, ya procedan del marxismo o del anarquismo. Para ellos, la revolución no es más que un proyecto que siempre está por retomar desde el principio, y negar la posibilidad de que pueda estallar un proceso revolucionario de un momento a otro les parece un delito de lesa humanidad. Hablar de "sociedad industrial" en lugar de "sociedad capitalista" es a sus ojos un retroceso. Que la sociedad industrial, empero, pueda destruir las bases materiales que permitían una posterior reapropiación de lo existente no parece afectarles lo más mínimo, así que continúan creyendo que las luchas actuales deben seguir apuntando a la autogestión generalizada, etc. Como siempre, lo que yace tras estos reproches es la idea, declarada o no, de que el desarrollo técnico de una sociedad es algo neutral o, a lo sumo, subordinado exclusivamente a los intereses de la clase en el poder; así que bastará que los Consejos Obreros (o la multitud) se hagan cargo de la situación para que la técnica pueda ser gestionada de una forma racional, etcétera. A esto cabría replicar que la sociedad industrial tolera un margen de gestión muy estrecho. Por ejemplo, la gigantesca burocracia no es una simple excrecencia de la sociedad moderna sino

un elemento fundamental para que ésta funcione... por no hablar de que el actual proceso de división del trabajo está creando un tipo de seres humanos que no saben hacer casi nada, o nada, al margen de su reducidísimo campo laboral, por lo que sólo se verán capacitados para "autogestionar" sus propias actividades... que en la mayor parte de los casos no pueden existir más que en el seno de una sociedad capitalista.

En fin, poco les importa a los marxistas, pese a su fetichización de la Historia, que Marx y Engels escribieran en La ideología alemana que "los individuos actuales necesitan abolir la propiedad privada, porque las fuerzas productivas y las formas de intercambio se han desarrollado ya con tal amplitud, que bajo el imperio de la propiedad privada se convierten en fuerzas destructivas". Han pasado ciento sesenta años desde que se redactaran estas líneas pero a los marxistas de todo pelaje les da igual: una vez descubierta la piedra filosofal de la crítica social, es decir, el hecho de que vivimos en una sociedad capitalista (o espectacular-mercantil) no hay nada más que decir sobre la cuestión.

Por otro lado, hay quienes siguen obcecados en salvar la teleología de Marx y se empeñan en que el "desarrollo de las fuerzas productivas" sigue creando, aquí y allá, condiciones que permiten una ruptura con lo existente: habitualmente, cómo no, gracias a la informática. De ahí que haya proliferado una verdadera corriente de pensamiento universitario (cuyas cabezas más destacadas son Antonio Negri y Paolo Virno) que continúa aplicando al pie de la letra el principio del Manifiesto comunista

según el cual "las armas de la burguesía se vuelven ahora contra la propia burguesía", etc. En este caso, la informática, avatar posmoderno del general intellect marxiano.

De los anarquistas puede apuntarse algo parecido. Es elocuente el hecho de que, en cuanto a la opresión tecnológica se queden sólo con un aspecto de la cuestión, a saber, el aumento del control social que permiten las nuevas técnicas de vigilancia. La dominación que ejerce el desarrollo técnico sobre nuestras vidas se reduce entonces a las videocámaras, el plan Echelon, la infiltración de las telecomunicaciones, etc. Parece que se les escapa el resto de sometimientos a la maquinaria industrial que conforman la casi totalidad de nuestra vida cotidiana, empezando por la omnipresencia de la informática, que es precisamente más nociva por su presunta invisibilidad.

(No podemos dejar de llamar la atención, por cierto, sobre el hecho innegable de que la crítica ecológica no procede de anarquistas o marxistas, en su mayoría embebidos por igual en el mito del progreso, sino de ámbitos que, siendo mucho más timoratos políticamente, eran más sobrios en su visión del mundo, como el biorregionalismo, por ejemplo, y otras corrientes ecologistas de los años cincuenta y sesenta.) [7]

En segundo lugar, existe una forma de recuperar la crítica de los daños infligidos por el industrialismo reduciéndola a "otro frente de lucha". Para muchas personas, la devastación causada por el capitalismo industrial no es más que otra estrofa que añadir a la letanía de agravios contra el Sistema: no al

patriarcado, no a la contaminación, etc. La importancia fundamental del salto irreversible que ha dado esta sociedad queda así reducida al nivel de otra excusa para el victimismo. Huelga decir que esta visión ayuda en gran medida a disimular los estragos de la ultramodernidad; véase, por ejemplo, la infame analogía que han establecido los hackers entre las "patentes de la vida" y las "patentes de software", como si ambas cosas fueran comparables.

Otro reparo habitual, mucho más honrado que los anteriores, que suele plantearse a la crítica antiprogresista es que no resulta muy atractiva debido a su pesimismo. En realidad, más que de una actitud pesimista hay que hablar de una realidad opresiva: llamar agoreros a Los amigos de Ludd, como suele hacerse, viene a ser como matar al mensajero. De la cuestión de las "ilusiones necesarias" (como dice un libro publicado por la EdN) hablaré más adelante; por lo demás, tengo la impresión de que la crítica antiprogresista aún puede decir algo al respecto. Da la impresión de que todavía no ha acabado de desarrollarse, pues aún tiene por delante un trabajo de demolición (de ideas firmemente asentadas) que dista mucho de estar concluido. El interés de esta crítica yace justamente en negarse a ofrecer un eslogan demagógico o un proyecto resumible en cuatro palabras para ganar prosélitos. Por de pronto ya está bastante bien tratar de superar los planteamientos maniqueos y victimistas e intentar apelar a la razón de las personas, antes que a su estómago.

En cuanto a las objeciones que debo plantear aquí a propósito de la necesidad de esta crítica antiin-

dustrial, puedo enumerar unas cuantas. Es obvio, en primer lugar, que no tardará en encontrar su límite. En efecto, cuando su análisis parte de la constatación de que ya no existe sujeto revolucionario alguno, y de que las circunstancias hacen cada vez más difícil que tal sujeto pueda volver a constituirse (y desde luego no hay nada que haga pensar que esta tendencia vaya a dejar de empeorar próximamente), es de rigor preguntarse: ¿qué hacer, entonces? Dejando a un lado la iniciativa individual, donde cada cual ha de ver qué puede hacer para mantener el mínimo de higiene mental necesaria en los estrechos márgenes que permite la camisa de fuerza industrial, ¿qué espacio queda para la actividad política? Para Kaczynski, la toma de conciencia que pueda darse desde este momento hasta que se produzca el "desastre" será decisiva para un futuro cambio social. Sin embargo, esperararlo todo de una catástrofe (social, ecológica, humana) parece una nueva variante de la idea determinista de la "lucha final" del antiguo movimiento obrero. Por el contrario, René Riesel, en Los progresos de la domesticación, considera que "sigue siendo factible hallar oportunidades inesperadas de trastocar el curso de las cosas, aunque tengan la duración de un relámpago, en un sistema tan impredecible para sí mismo. La libertad de romper el encierro industrial es la única experiencia que merece ser probada". (Vale la pena señalar que Riesel pasó por la cárcel hace no mucho tiempo por haber participado en acciones de sabotaje de productos transgénicos.)

Ahora bien, es de justicia reconocer que el término "sociedad industrial" es muy ambiguo: ¿a partir de

qué momento puede decirse que hemos entrado en una sociedad de este tipo? Proponer una fecha es difícil; en sus "Notas sobre el Manifiesto contra el trabajo" Jaime Semprun dice que "hay que admitir que en el transcurso del siglo XX, digamos entre Hiroshima y Chernóbil, se atravesó un umbral", y Riesel, en su obra citada, cree que "Auschwitz e Hiroshima pueden considerarse a la vez como un resultado, una matriz y una clave de comprensión de los beneficios del desarrollo tecnoeconómico". Así pues, podemos suponer (siempre a partir de observaciones como las anteriores, pues ninguno de estos críticos ha expuesto una definición estricta) que la sociedad industrial no se instauró a principios del siglo XIX con la llamada "Revolución industrial" sino que tuvo que esperar al siglo XX para consolidarse; no sólo sentando las bases materiales para asegurar su supervivencia en solitario (es decir, destruyendo los modos de vida preindustriales que según Riesel "permitían seguir otros caminos que los impuestos por el desarrollo industrial") sino también moldeando, paralelamente, a los seres humanos que vivimos dentro de ella. En ese caso, es inevitable llegar a la conclusión de que la crítica de este sistema llega demasiado tarde; incluso ahora, las voces de las "Casandras lógicas" que han venido avisando de que no existe emancipación posible dentro de la sociedad industrial nunca han muy escuchadas y, salvo unos pocos casos, no procedían de entornos "radicales".

Por otro lado, el propio término de "sociedad industrial" plantea problemas. Jacques Ellul, una de las referencias fundamentales en la

la crítica antiprogresista [8], lo rechazó por "impreciso" y "carente de significado". Por esa razón es obvio que a esta realidad tan difícil de definir no puede oponérsele un discurso teórico del todo coherente: en El fantasma de la teoría, el propio Semprun considera que hoy no existe ninguna teoría de crítica social capaz de señalar "puntos de aplicación" sobre los que actuar. De ahí que parezca un tanto difusa la idea formulada por Riesel de "reanudar el proceso histórico de la humanización". Este concepto, "humanización" [9], merece ser precisado con claridad: cuando Semprun dice que "la humanización comenzada ha quedado inconclusa, y sus frágiles logros se desmoronan" (El abismo se repuebla), es obvio que ya no tiene en mente el objetivo revolucionario de una sociedad sin clases, sino algo mucho más básico, como es restablecer las condiciones mínimas que posibiliten un cambio posterior, lo que no podrá hacerse sin pasar previamente por una época traumática, en la que ya nos encontramos. Mandosio, por lo demás, reconoce que la meta de la desindustrialización es "muy vaga".

De este modo, lo que está planteando esta crítica del progreso (o de las ideas de progreso, pues han sido diversas) es una revisión de muchas cosas que se habían tenido por férreas hasta ahora. La filosofía de la historia de Marx (heredada a su vez de Hegel) establecía una línea en la historia humana dividida en prehistoria, sociedad esclavista, sociedad feudal, sociedad capitalista y (eventualmente) sociedad comunista. Si aceptamos que el capitalismo ha destruido todo lo que permitía el acceso a esa sociedad sin clases, el esquema se viene abajo. Ahora bien, este esquema, que básicamente tam-

bién ha compartido siempre el anarquismo, era coherente: por eso, si quitamos el "ladrillo progresista" del edificio de la crítica revolucionaria "clásica", marcada de una forma más o menos declarada por el llamado "materialismo histórico", tiembla todo el conjunto [10]. ¿Es deseable eso? En mi opinión, rotundamente sí. Por el momento, la crítica del progreso está consiguiendo plantear las preguntas acertadas pero no debería bajo ningún concepto aspirar a un mero crecimiento cuantitativo. No se trata de inaugurar la moda del "antiindustrialismo" sino de establecer un puñado de verdades que sirvan a las personas para orientarse ante lo que vendrá, ciertamente imprevisible. En su epílogo -escrito en 2004- a la Historia de diez años (1974-1984) de la EdN, Miguel Amorós, que fue miembro de dicho colectivo, dice que "lo urgente son las tácticas de resistencia inmediata, la circulación de las ideas, la salvaguarda del debate público, las prácticas de solidaridad efectiva, la afirmación de la voluntad subversiva, la conservación de la dignidad personal, la secesión del mundo de la mercancía, el mantenimiento de un mínimo de lenguaje crítico autónomo...". Pero aquí se mezclan actividades personales con otras más políticas, y como programa es decididamente ambiguo.

En sus orígenes, la EdN veía en las luchas de resistencia a las nocividades industriales un papel más importante del que han tenido después: casi en ningún caso consiguieron esos conflictos desbordar el marco de las reivindicaciones concretas de las que habían nacido. Se puede echar la culpa de este fracaso a la época, pero entonces el error fue tal vez depositar de-

positar demasiadas esperanzas en las posibilidades de dichas luchas "contra la nocividad". La EdN, que partía de la crítica de la última etapa de la Internacional Situacionista ("los primeros frutos de la superación de la economía no sólo están maduros: han empezado a pudrirse" y "la contaminación y el proletariado son hoy los dos lados concretos de la crítica de la economía política", Tesis sobre la Internacional Situacionista y su tiempo, § 8 y 17), quizá vio en la lucha contra la nocividad la nueva necesidad histórica que regiría los futuros combates contra la dominación. En cualquier caso, con la perspectiva ventajosa de la distancia, vemos que no ha sido así: este sistema ha creado la devastación como norma y a los humanos que sólo aspiran a adaptarse a ella. Puede que tuviera razón Ulrich Beck cuando decía en La sociedad del riesgo (1986) que la extensión de las nocividades industriales a todas las personas "no genera una unidad social que sería visible por ella misma y para otros", ni "nada que se pudiera definir u organizar como estrato, grupo o clase social".

IV

Volviendo al asunto central de este artículo: ¿qué futuro tiene esta crítica? Se la ha acusado a menudo de ser un "derrotismo ilustrado". Cuando este reproche no se hace de mala fe, puede tener una pizca de razón en el sentido de que la crítica antiprogresista no procede de una visión teórica unitaria y positiva de crítica social. Sin embargo, en el actual derrumbe en curso de todo lo que permitía una posibilidad de cambio

social, mantener vivo el lenguaje de la crítica no es poca cosa, aunque hay que reconocer que ser el testigo más lúcido del hundimiento del sistema industrial es pobre consuelo.

Conviene recordar que una de las tesis fundamentales de los "antiindustriales" es que la sociedad actual ha limitado casi a cero las posibilidades de intervención política. Es decir, lo que plantean es claramente un repliegue, o un rearme, lo cual no quiere decir quedarse en casa, sino hacer caso omiso de los cantos de sirena del activismo espectacular y dedicarse a una reapropiación de los saberes arrebatados por el capitalismo [11], o a participar en luchas concretas cuando se den las condiciones adecuadas para ello: estoy pensando, entre otros, en el caso del Prestige, cuando ante la marea triunfante de Nunca más no se alzó ninguna voz decidida contra tanta ingenuidad; se dirá que no podía haber sido de otro modo, pero no lo creo. Me parece más bien que las personas más conscientes no se atrevieron a desafiar la idea asumida mayoritariamente de solicitar una mayor eficacia en la gestión técnica de los desastres industriales. Y podríamos dar más ejemplos como éste.

Sin embargo, con esto llegamos al límite del que hablaba antes: Miguel Amorós dice en el texto antes citado que "en el mejor de los casos, la crítica revolucionaria ya llegará, y en el peor, dará igual que llegue como que no". Es innegable que muchas prácticas que quieren ser subversivas incurren en el voluntarismo: sean cuales sean las condiciones en que se desarrollan, delegan toda posibilidad de éxito o fracaso en el impulso activista,

con las consecuencias que conocemos. Evidentemente, la crítica antiindustrial parte de la renuncia a la idea de revolución o, mejor dicho, de la posibilidad de revolución en el momento presente. Lo cierto es que creer que una revolución pueda tener lugar hoy, como hacen los altermundialistas más alucinados, es una idea reaccionaria.

No obstante, es difícil que semejante actitud resulte atractiva para nadie. En un libro publicado recientemente, En el caldero de lo negativo, Jean-Marc Mandosio hablaba de la ilusión que había supuesto la creencia de que la sociedad industrial podía simplemente cambiar de manos para ponerse al servicio de las necesidades humanas, y decía que el deseo de universalizar los privilegios materiales que hoy día esta sociedad ofrece sólo a unos pocos era uno de los pilares que garantizaba su supervivencia. Así las cosas, es difícil que un cambio social que implique una renuncia a las comodidades que, neguémoslo o no, nos brinda a unos pocos la devastación del medio ambiente, lleguen a parecer deseables a muchas personas; y no estoy hablando de masas embrutecidas que van en coche al Ikea a gastar lo poco que ganan: quien más, quien menos, todos estamos presos en la sociedad industrial, que nos viste, nos entretiene y nos llena la barriga; con sucedáneos, cierto es, pero habiendo destruido la posibilidad de hacerlo de otra forma. Parece muy poco probable que la crítica antiindustrial consiga despertar entusiasmos si no ofrece también una ilusión a la que adherirse (que es lo que hace el primitivismo, fabricando a la medida de cada cual un "estado natural" del hombre con el

que poder soñar); el problema, no obstante, es que la meta de esta crítica es precisamente demoler todas las ilusiones. El tiempo dirá si la perspectiva de la desindustrialización es otra quimera o bien si posee algunos visos de realidad.

NOTA: Algunos libros interesantes, para quien quiera profundizar en la cuestión, son *Tecnópolis* de Neil Postman, *La edad de la técnica* de Jacques Ellul, *Técnica y civilización* y *El mito de la máquina* de Lewis Mumford, *la Dialéctica de la Ilustración* de Adorno y Horkheimer y *Nosotros, los hijos de Eichmann* de Günther Anders (y, en general, casi cualquier obra de estos autores). También puede ser útil *En ausencia de lo sagrado*, de Jerry Mander.

[1] Durante mucho tiempo, la prensa... (falta)

[2] En castellano se han publicado: *Observaciones sobre la parálisis de diciembre* de 1995 (1996), EdN, Virus, 1997; *Contra el despotismo de la velocidad* (1991), varios autores, Virus, 1999; *Relación del envenenamiento perpetrado en España* (1994), Jacques Philipponeau, Précipité, 2000; *Observaciones sobre la agricultura genéticamente modificada y la degradación de las especies* [1999], EdN, Alikornio, 2000; la recopilación de artículos titulada *La sinrazón en las ciencias, los oficios y las artes*, EdN, Muturreko, 2000; *El abismo se repuebla* (1997), Jaime Semprun, Précipité, 2002; *Apología por la insurrección argelina* (2001), Jaime Semprun, Muturreko, 2002; *George Orwell ante sus calumniadores* (1997), EdN, Likiniano, 2003; *Los progresos de la domesticación* (2003), René Riesel, Précipité/Muturreko, 2003; *El fantasma de la teoría* (2003), Jaime Semprun, 2004; *Historia de diez años* [1985], EdN, Klinamen, 2005; y *En el caldero de lo negativo* (2003), Jean-Marc Mandosio, *Pepitas de calabaza*, 2006.

así como algunos artículos de la revista y fragmentos de libros, sueltos o en revistas.

[3] iii (falta)

[4] *Contra la megamáquina*, de David Watson, o varias obras sobre la historia de los ludditas. Pueden citarse también los textos de Miguel Amorós y publicaciones como *Oxígeno* o *barbarie*, *Ecotopía*, diversos folletos editados por el grupo Etcétera, o algunos artículos de la revista *Salamandra* y de autores como el difunto Ramón Germinal.

[5] Los prositus fueron los primeros recuperadores de la teoría situacionista, convirtiéndola en un conjunto de consignas intocables y desprovistas de uso crítico.

[6] Cf. "La sociedad red y nosotros, sus enemigos", *Ekintza* Zuzena nº 31.

[7] Quede claro que estamos generalizando: en la historia ha habido tanto marxistas como anarquistas que no se han rendido a las promesas del progreso

[8] Kaczynski llega a confesar un absoluto entusiasmo por la edad de la técnica, que leyó a principios de los setenta.

[9] La primera parte de *El mito de la máquina* de Lewis Mumford contiene quizá el mejor intento de definición de este concepto.

[10] A no ser que se quiera ver en la catástrofe actual la realización de una idea enigmática del Manifiesto comunista que Marx y Engels no volvieron a tocar nunca: a saber, que la lucha de clases puede concluir no sólo "con una transformación revolucionaria de toda la sociedad" sino "con la destrucción de las clases beligerantes", esta vez en un sentido diado literal. La EdN, de hecho, siguiendo a Hannah Arendt, habla de la disolución de las clases sociales en masas...

[11] "La formidable organización técnica de la sociedad actual niega que una puesta en marcha revolucionaria pueda

producirse", puede leerse en "El final de una época", Los amigos de Ludd nº 7. Es imposible no leer este texto como una réplica a "El comienzo de una época" que abría el último número de la revista Internationale Situationniste, publicada después de los acontecimientos de mayo del 68.

Publicado en la revista Raices, nº1, Noviembre 2010.

Disponible en:
<http://www.alasbarricadas.org/forums/viewtopic.php?f=13&t=26411>







"La incesante dinámica del progreso técnico ha llegado a estar impregnada de contenido político y el logos de las técnicas ha sido convertido en un logos de continua servidumbre. La fuerza liberadora de la tecnología -la instrumentalización de las cosas- se convierte en un encadenamiento de la liberación: la instrumentalización de la persona."

*Herbert Marcuse,
El hombre unidimensional*



EL BUQUE DE LOS NECIOS

UNA PARABOLA POLITICAMENTE INCORRECTA

de Ted Kaczynski

Érase una vez un capitán y sus oficiales que se volvieron tan presumidos, tan llenos de arrogancia y tan pagados de sí mismos, que se volvieron locos. Pusieron rumbo al Norte hasta encontrarse con icebergs y témpanos peligrosos y, a pesar de ello, mantenían la misma dirección adentrándose cada vez más en las gélidas y temibles aguas, únicamente para darse el gusto de demostrar su pericia en tan temeraria navegación.

Como quiera que el barco se acercaba más y más al Norte, los pasajeros y la tripulación mostraban cada vez mayor inquietud, y comenzaron a debatir entre ellos y a quejarse de sus condiciones de vida.

-¡Que me zurzan si este no es el peor viaje que he realizado en mi larga vida de marino! La cubierta está resbaladiza por el hielo; cuando estoy de vigía, el viento helado me introduce el frío hasta los huesos; cada vez que tengo que arriar velas, se me congelan los dedos, y todo por cinco miserables chelines al mes.

-¡Tú te crees que estás mal! ¿verdad? ¡Yo por el frío no puedo ni dormir ya que en este barco a nosotras no nos dan las mismas mantas que a los hombres! -le espetó una pasajera. ¡Es una injusticia!

Un marinero mejicano exclamó: -¡Hijo de la gran chingada! A mi sólo me dan la mitad de sueldo que le dan a los gringos y, encima, la comida que me sirven es menos que la que dan a un anglo, con la falta que me hace para mantenerme mínimamente caliente aquí y, lo peor de todo, es que siempre nos dan las órdenes en inglés, en vez de en español.

-¡Yo tengo más razón que nadie para quejarme! exclamó un marinero indio. Si los rostros pálidos no nos hubieran robado nuestras tierras y riquezas ancestrales, no estaría ahora en este barco en medio de vientos árticos e icebergs. Estaría en una canoa remando en un plácido lago. ¡Merezco una compensación! Como mínimo, el capitán debería dejarme organizar unas partidillas de dados para ganar algún dinero.

Habla el contraмаestre diciendo: -¡Ayer el segundo oficial me llamó marica! Sólo porque a mí me guste chupar pollas, no es razón para que me insulten.

-¡No sólo los humanos sufren maltrato en este barco! -dijo con indignación un pasajero amante de los animales. Sin ir más lejos, la semana pasada vi al tercer oficial darle dos patadas al perro del barco.

Uno de los pasajeros, que era profesor de Universidad, retorciéndose las manos, exclamó: ¡Todo esto es terrible! ¡Es inmoral! ¡Es racismo, sexismo, crueldad, homofobia y explotación de los trabajadores; es discriminación! ¡Necesitamos justicia social! ¡Igualdad para el marinero mejicano, sueldos más altos, compensaciones para el indio, igual trato para hombres y mujeres, derechos formales para chupar pollas y no más patadas al perro!

-¡Sí! ¡Sí! -gritaron todos los pasajeros -¡Ahí, ahí! -gritaba la tripulación. -¡Es discriminación! ¡Tenemos que demandar nuestros derechos!

El grumete carraspeo: -¡Todos tenéis buenas razones para quejaros! Pero a mí me parece que lo que tenemos realmente que hacer es dar la vuelta y dirigirnos al sur, porque si seguimos este rumbo tarde o temprano seguro que naufragaremos y, entonces, tus salarios, tus mantas y tu derecho a chupar pollas no valdrán para nada porque nos ahogaremos todos.

Pero nadie le hizo el menor caso, porque sólo era un grumete. El capitán y sus oficiales que desde el castillo de popa habían estado escuchando y observando la escena, ahora sonreían y se guiñaban el ojo. El capitán hizo un gesto al tercer oficial, y éste bajó del castillo de popa hasta donde se encontraba la tripulación y pasajeros, mezclándose con ellos con un andar chulesco. Poniendo una expresión seria rompió a hablar.

-Nosotros los oficiales hemos de admitir que han ocurrido hechos inexcusables. No nos habíamos dado cuenta de la gravedad de la situación hasta no haber oído vuestras quejas. Somos gente de buena fe y queremos ser justos con vosotros ¡pero, como sabéis, el capitán es un poco conservador y quizá habría que pincharle un poco para poder conseguir algún cambio sustancial! En mi opinión si protestáis contundentemente, siempre que sea pacíficamente, podremos mover al capitán de su inercia y forzarle a afrontar los problemas de los que tan justamente os quejáis.

Después de haber dicho esto, el tercer oficial se dirigió al castillo de popa. Mientras se alejaba, los pasajeros y la tripulación le gritaban: ¡Moderado! ¡Reformista! ¡Neoliberal! ¡Lacayo! Pero aun así, hicieron lo que él les dijo.

Los pasajeros se juntaron frente al castillo de popa y entre gritos e insultos, demandaron sus derechos a los oficiales.

-¡Yo quiero recibir órdenes en castellano! -gritó el mejicano. -¡Demando mi derecho a poder organizar partidas de dados! -gritó el marinero indio. -¡Quiero que me dejen de llamar marica!

-exclamó el contraмаestre. -¡Que dejen de dar patadas al perro! -gritó el amante de los animales -¡La revolución ahora! -chilló el profesor.

El capitán y los oficiales, se reunieron y deliberaron durante varios minutos, guiñándose el ojo, asintiendo con la cabeza, sonriéndose unos a otros todo el rato. A continuación, el capitán se dirigió a la barandilla del castillo de popa y con grandes muestras de benevolencia anunció que al mejicano se le subiría a dos tercios del sueldo de los anglos y la orden de arriar velas se la darían en castellano, las pasajeras recibirían una manta más, que el marinero indio podría organizar partidas de dados los sábados a la noche, que al contraмаestre no se le llamaría marica si chupara pollas en la intimidad y nadie podría dar patadas al perro, excepto si roba comida.

Los pasajeros y la tripulación celebraron estas concesiones como una gran victoria, pero a la mañana siguiente volvieron a estar insatisfechos.

¡Seis chelines al mes es poco dinero! Cada vez que arrió velas se me congelan los dedos -refunfuñaba el marinero. ¡Y todavía no gano lo mismo que los anglosajones, ni me dan suficiente comida para este clima -se quejó el marinero mejicano. ¡Las mujeres no tenemos mantas suficientes! -dijo una pasajera. Los otros miembros de la tripulación y pasajeros protestaban de forma similar y el profesor les azuzaba.

Cuando habían finalizado sus quejas, el grumete tomó de nuevo la palabra y hablando en alto, para que el personal no pudiera no darse por enterado dijo:

¡Es terrible dar patadas al perro, porque robe un poco de comida de la cena, y el que las mujeres no tengan igual número de mantas o que al marinero se le congelen los dedos, y no veo por qué el contra maestre no puede chupar pollas si le da la gana, pero: ¡mirad cuántos icebergs hay ahora! Y cómo sopla cada vez más el viento. ¡Tenemos que dar la vuelta e ir hacia el Sur, porque como sigamos al Norte seguro que naufragaremos y moriremos ahogados.

-Sí, sí -dijo el contra maestre. ¡Es terrible que sigamos al Norte, pero ¿por qué tengo que chupar pollas en el armario? ¿por qué me llaman marica? ¿acaso no soy igual que los demás?

-Seguir al Norte es terrible, es precisamente por eso que las mujeres necesitamos más mantas ¡ahora!

-Es verdad! -dijo el profesor- yendo al Norte nos ponen en dificultades, pero cambiar el rumbo al Sur no sería realista. ¡No se puede dar la vuelta al reloj!. ¡Tenemos que buscar una forma madura de enfrentarnos a la situación!

¡Mira! -dijo el grumete- si dejamos en el castillo de popa a esos cuatro locos seguir con lo suyo, nos ahogaremos todos, pero si sacamos el barco del peligro, podremos preocuparnos después de las condiciones de trabajo, las mantas para las mujeres y el derecho a chupar pollas, aunque primero tenemos que dar la vuelta al barco. Si nos juntamos algunos y preparamos un plan de acción con coraje, podremos salvarnos; no haría falta mucha gente: con seis u ocho lo podríamos llevar a cabo. Podríamos tomar el castillo de popa, echar a esos colgados por la borda y dirigir el barco al Sur.

El profesor levantó su nariz y dijo severamente-. -¡No creo en la violencia! ¡Es inmoral! -No es ético utilizar la violencia jamás -dijo el contra maestre. -¡Desconfío del uso de la violencia! -dijo una pasajera.

El capitán y sus oficiales habían estado observando toda la escena, y a una señal del capitán, el tercer oficial volvió a bajar a cubierta, y mezclándose entre los pasajeros, dijo: Todavía quedaban muchos problemas en el barco, hemos logrado importantes avances. Pero aún siguen siendo duras las condiciones de trabajo para los marineros, el mejicano no gana todavía igual que los anglosajones, las mujeres aún no tienen las mismas mantas que los hombres, el derecho a poder organizar partidas de dados los sábados es, ciertamente, una pobre compensación por el robo de las tierras a sus antepasados, es injusto que el contra maestre deba chupar las pollas en el armario y que el perro se siga llevando patadas de vez en cuando. Creo que hay que presionar un poco más al capitán. Sería de gran ayuda si hicierais otra protesta, siempre que ésta no sea violenta.

Mientras el tercer oficial volvía al puesto, todos le insultaban pero, al final, hicieron lo que éste propuso. El capitán, una vez escuchadas sus quejas, se reunió con sus mandos en conferencia, durante la cual se guiñaron el ojo y sonrieron abiertamente; entonces se fue hacia la barandilla

del castillo de popa y anunció que a los marineros le darían guantes para mantener las manos calentitas, el mejicano recibirla tres cuartas partes del salario de los anglosajones, a las mujeres se les entregaría otra manta más, al marinero indio le dejarían organizar partidas de dados los sábados y domingos y al contraamaestre le dejarían chupar pollas en público a partir del anochecer y nadie podría darle patadas al perro sin un permiso especial del capitán.

Los pasajeros y la tripulación quedaron extasiados con esta gran victoria revolucionaria, pero a la mañana siguiente, de nuevo se sintieron insatisfechos y comenzaron otra vez a quejarse de lo de siempre.

Entonces, el grumete empezó a irritarse y les gritó:

¡Malditos necios! ¿no veis lo que hacen el capitán y sus mandos? Os tienen ocupados con vuestras quejas triviales de mantas, salarios, mamadas y el pobre perro, para que no penséis que lo que realmente va mal en este buque, es el hecho de que cada vez vayamos más al Norte y que todos moriremos ahogados. Si únicamente alguno de vosotros despertaraís y atacásemos juntos el castillo de popa, podríamos virar en redondo y salvarnos. Pero lo único que hacéis es quejaros de cosas banales como el juego de los dados, chupar pollas o las condiciones de trabajo.

¡Banales! -gritó el mejicano. ¿Tú crees razonable que yo cobre un cuarto menos de salario que un gringo?, ¿es eso insignificante? -¡Cómo puedes llamar a mi queja algo trivial! -gritó el contraamaestre. ¡No sabes lo humillante que es que te llamen maricón. -¡Pegar al perro una cosa sin importancia! -espetó el defensor de los animales. ¡Es cruel, inhumano! ¡Brutal!

¡Vale pues! -dijo el grumete. Estos problemas no son insignificantes ni triviales; pegar al perro es cruel y brutal, y es realmente humillante que te llamen maricón, pero la magnitud de nuestro problema principal, el hecho de que el barco cada vez vaya más al Norte, hace que estas quejas se conviertan en insignificantes y triviales. ¡Porque si no damos la vuelta al buque todos moriremos ahogados!

-¡Fascista! -le llamó el profesor. -¡Contrarrevolucionario! -le gritó la pasajera.

Y todos los demás pasajeros y miembros de la tripulación comenzaron a tachar al grumete de fascista y contrarrevolucionario y echándole a un lado, siguieron hablando de salarios, igualdad de mantas, derechos a hacer mamadas en público y de los malos tratos al perro.

Mientras tanto, el barco, que seguía rumbo al Norte, después de un breve lapso quedó atrapado entre dos icebergs, muriendo todos ahogados.

Publicado en forma de folleto bilingüe castellano/euskera por Likiniano Elkarte.

Extraído de http://www.sindominio.net/ecotopia/textos/buque_necios.html





NOTAS PRELIMINARES

Los Amigos de Ludd

"Corremos sin preocuparnos hacia el precipicio después de haber puesto delante de nosotros algo para no verlo".

Pascal, en su obra "Pensamientos", IX, 5

1. El conjunto de términos y categorías que definen hoy la vida de las sociedades dentro de la civilización tecnológica deberían ser revisados no conforme a su uso admitido o a la convención aceptada, sino en razón de los males que quieren ocultar, de la misma manera que Marx en *El capital* cuando habla de las tergiversaciones de los economistas sobre los daños causados por la industrialización, denunciaba "Nominibus mollire licet mala", es decir, "Está permitido paliar los males dándoles otro nombre".

2. La industria no es, en ese caso, un mero sistema de producción entre otros, no significa una majestuosa adecuación de medios a fines según el sentido de los intereses reales de la sociedad. La industria y su robusta ideología, el industrialismo, significa la dominación tecnificada de los medios del capital para los fines del capital, a costa del sometimiento de los trabajadores y de la explotación irracional de los recursos naturales. La industria no es simplemente un medio, sino EL medio objetivo del capital donde éste consigue intensificar la producción y dirigirla hacia su rentabilidad máxima, mientras incorpora a los trabajadores a la actividad ciega de las máquinas y no al contrario.

3. La industria, por tanto, no nace de ninguna necesidad esbozada por la sociedad, y la máquina no contribuye pues a su liberación, y jamás nació con ese fin. La edad moderna no ha conocido, ni siquiera de forma parcial, la construcción de maquinarias o dispositivos técnicos que tuvieran como fin la emancipación de una sociedad. Todas las máquinas e instrumentos forjados en la edad moderna fueron diseñados dentro del proceso de necesidades industriales de la producción del capital, y la ley de su perfeccionamiento obedece a razones análogas; las técnicas anteriores o bien fueron destruidas o bien fueron integradas bajo formas irreconocibles en los nuevos procesos de producción. Sólo pretendiendo ignorar el carácter sesgado de los fines a los que sirve, así como la gigantesca red de necesidades ficticias que ha engendrado para justificar la exigencia de tan altos rendimientos, se puede creer que el sistema de producción industrial haya ahorrado algún esfuerzo penoso a los seres humanos.

4. La industrialización de la producción y de la vida social a partir del siglo XIX y las técnicas a ella ligadas representan una ruptura cualitativa en la historia de las técnicas. Una ruptura en primer lugar en cuanto a la relación del/de la hombre/mujer y sus útiles con la naturaleza. Luego, entre los hombres/mujeres mismxs. Por tanto, es aún más comprensible la necesidad, para una crítica de la tecnología, de contextualizar históricamente. No se trata tanto de establecer una fecha de nacimiento de la industrialización ante la cual trazar una línea de demarcación que permita decir "todo lo anterior era mejor", sino más bien de ver realmente, a la vez a través de la consideración de la larga duración y de las aceleraciones vivas de la historia, cómo aquella se realizó, y de poder así juzgarla por lo que es. Si se respeta esta exigencia, será difícil que se nos reproche alguna forma de diabolización de la técnica o una visión trans-histórica (es decir, a-histórica) de ésta última. Si es cierto que toda persona dispuesta a criticar la sociedad actual, dando ejemplos precisos de los síntomas de su derrumbamiento, tiene que referirse a un pasado -y efectivamente hay una necesidad de referirse al pasado- habría así mismo que arriesgarse a dar pistas sobre lo que es aún posible hacer a partir de la realidad presente, y así dar una coherencia más sólida a nuestras referencias al pasado, en lugar de servirse de él como contraste del presente. De ahí la necesidad de desarrollar y de apoyar las experiencias propuestas aquí y allá, de traer a la memoria de todos los "callejones sin salida" y los olvidos de la historia.

5. Nosotrxs entenderemos por autonomía de la técnica:

a) La subordinación de lo social a lo técnico. Esto significa que "la técnica no es ya un simple medio al servicio de objetivos y de valores de la colectividad sino que llega a ser el horizonte insuperable del sistema" (Latouche, en la obra "La mégamachine").

b) Lo que conduce finalmente a lo que Ellul llama el "systeme technicien" (dejamos la expresión en francés porque no se puede aquí traducir "technicien" por "técnico" sin crear una confusión), el cual se caracteriza por el hecho de que tiende a resolver las disfunciones tecnológicas mediante más innovaciones tecnológicas y se asegura así un crecimiento sin fin.

c) Sin embargo, este desarrollo autónomo de la técnica cuya fuerza consiste en aparecer como inevitable, como el entorno fatídico en el cual somos de entrada, no sería en parte posible sin el prejuicio fundamental de los hombres/mujeres con respecto al progreso, favorable a este último, ni sin la simplificación de la vida en la cual los hombres/mujeres se sumergen, creyendo encontrar ahí el confort material (y sin duda la mayoría CREEN encontrarlo) y que señala en realidad su renuncia a poseer cualquier poder sobre su vida. Por otra parte, es evidente que los hombres/mujeres modernxs tan equipadxs han perdido todo dominio de un saber hacer particular, y se encuentran la mayor parte del tiempo desamparadxs ante un problema técnico a resolver y casi huérfanxs ante una máquina averiada.

6. No obstante, en el texto que proponemos en este boletín (Nota del blog: El texto se trató de un capítulo del libro de Mandosio, "Après l'effondrement", al cual este texto sirvió en el boletín de los Aimgos de Ludd a modo de introducción) el autor se desmarca de la posición de Ellul en cuanto a la autonomía de la técnica. Para Mandosio, el desarrollo tecnológico es ante todo "un programa político", una larga imposición y por tanto, en función de las resistencias encontradas, una larga guerra. No es en absoluto un destino. Sobre este punto, Mandosio se aproxima a la posición de David Noble (Consultar "En defensa del Luddismo, una visión diferente del progreso", de la editorial Alikormio y "El diseño de Estados Unidos" por el Ministerio de Trabajo y Seguridad social). Nos parece importante respetar este punto que viene a matizar la afirmación de una autonomía de la técnica sin que no obstante la cuestione de forma total. Ésta autonomía es ante todo posible desde el momento en que los hombres/mujeres renuncian a ser los dueñxs de sus propias condiciones de vida -renuncia de la que se puede y debe retazar la historia (desestructuración social de los campesinxs y artesanxs, imposición del trabajo

asalariado, consumo de masas, etc). Es la razón por la cual debemos insistir sobre la colonización del imaginario colectivo por la ideología del progreso, la fuerza del prejuicio. Se entenderá que, si "un sistema técnico no es exclusivamente técnico sino igualmente económico, social y político", la autonomía de la técnica es el resultado (y el fin) de una ideología materializada -se trata de una inversión de la realidad y al mismo tiempo algo muy real. Pero en contra de aquellos que creen que esta autonomía de la técnica es el destino del/de la hombre/mujer, y que, por lo tanto, permanecen subyugados por este ídolo, nosotrxs pensamos que esta autonomía puede ser combatida, incluso si esto implica de alguna manera arrancamos la piel.

7. Si la dominación de la tecnología está tan arraigada es sobre todo porque ella invadió desde hace mucho tiempo todas las esferas de nuestra vida material que estaba en otro tiempo ciertamente limitada y rozaba las condiciones de miseria pero que podía enorgullecerse de ser dueña de una producción autosuficiente, complementada a menudo por intercambios diversos bajo la forma de trueque que satisfacían las necesidades básicas. En su lugar la implantación de la tecnología en nuestras vidas, bajo la forma de bienes de consumo, no ha hecho más que sujetarnos a pseudo-necesidades, mercancías sin nombre, producidas por otrxs, que no se pueden adquirir más que con la condición de producir para otrx, en un proceso de producción del cual no dirigimos ni la continuidad ni el contenido y cuyo espacio vital nos parece cada vez más fastidioso, degradante, a cambio de un salario que permite justamente alcanzar la nueva miseria así fabricada. Al mismo tiempo, las pseudo-necesidades del mundo moderno aparecen como insoslayables -y, de alguna manera, lo son. En efecto, no es solamente que se hayan vuelto culturalmente necesarias sino también estructuralmente, es decir, que modelan, de forma totalitaria, el espacio y el tiempo de nuestras vidas, tornándose el cuidado previamente de destruir o borrar toda alternativa posible. Es toda la vida material la que ha sido transformada.

8. De todo lo anterior se deduce que la sociedad moderna e industrial **NO HA CONOCIDO JAMÁS UN USO INSTRUMENTAL DE LA TÉCNICA**: Se trata de la primera civilización que se ha alienado de forma total en la identificación de un sistema técnico. Es aquí donde hay que matizar el sentido preciso de la alienación a un sistema técnico en relación a lo establecido por Mandosio. En él, el término de alienación tiene un componente neutro -de alguna manera, devuelve el término de alienación a su contexto Hegeliano y lo identifica con su sentido de objetificación- en cuanto la conciencia al vertirse en lo exterior. Para nosotrxs, es preciso señalar, sin embargo, la connotación negativa de toda forma de alienación en cuanto supone una pérdida de autonomía. Ya Lukács, en el prólogo de 1967 a su "Historia y conciencia de clase" trazaba una diferencia entre alienación como objetificación -a la que concedía un carácter neutro- y la alienación como tal: relación objetivamente social de extrañación. Si escogemos la noción de alienación como objetificación, tenemos que estar de acuerdo con Mandosio cuando afirma que no es posible -ni tendría sentido alguno- desembarzarse por completo de un sistema técnico, que la sociedad no puede romper con toda forma de técnica y es, por tanto, que estaríamos de acuerdo con él cuando afirma: "la ausencia total de alienación, es decir la autonomía pura, es imposible"; ahora bien lo que nos interesa aquí es subrayar ante todo el carácter alienante de la técnica -o de un sistema técnico- como fenómeno histórico-social, por el cual un tipo de sociedad (la nuestra) desde un momento determinado (siglos XVIII-XIX) delega en las estructuras técnicas, ligadas a las formas de productividad capitalista, las condiciones de su propia existencia. A la condición alienante de dicho sistema técnico hay que contraponer pues el proyecto de autonomía como vía de emancipación social e individual que no se reduce, como aún creían y creen hoy muchxs marxistas, a la supresión de la propiedad privada y a la apropiación de los medios de producción por parte de lxs trabajadorxs, sino que incluye el proceso por el cual lxs seres humanxs, fuera y dentro del ámbito productivo, toman las riendas de la organización de su propia existencia y deciden en común sobre la prioridad y satisfacción de sus necesidades. Ni que decir tiene que el sistema técnico que hoy impera constituye un medio OPACO para

la clarificación social de esas necesidades y, por tanto su autocrucimiento supone una constante pérdida de autonomía para la sociedad en cuestión. Al perder el dominio sobre un sistema técnico determinado -en este caso, la industria y la ciencia puesta al servicio de la innovación tecnológica- la sociedad no puede sino instrumentalizarse ella misma de forma total y representarse técnicamente todas sus necesidades, no puede utilizar los instrumentos que produce sino sólo ser utilizada por dichos instrumentos.

9. La consideración abstracta que confía a las máquinas una neutralidad a priori incluye el prejuicio de que la industria o las máquinas podrían ser rescatadas de su uso privado y totalitario y reorientar su rumbo dentro de un contexto social diferente. Dicha consideración pretende ignorar que toda la estructura técnica, desde sus presupuestos mínimos hasta sus creaciones más colosales, está fundada a imagen y semejanza de los intereses que representa. El análisis de la producción industrial y de todas las tecnologías puestas a su disposición ha de ser, por tanto, un análisis radical. No se trata de encontrar una vía para la reorientación de un sistema técnico determinado sino de dismantlar el fundamento ideológico que ata al conjunto de la sociedad a todas las necesidades engendradas por el sistema técnico bajo la forma concreta en que lo padecemos (la forma industrial desarrollada). Lxs que pretenden, bien-intencionadamente, reconocer a la técnica una cualidad positiva al margen de su "uso malogrado en manos de lxs jefxs de la dominación" no han entendido que para recorrer el camino de la desalienación técnica hay que recorrer primero el camino de la sociedad que se hace efectivamente autónoma de las exigencias de lxs dominadorxs ya que la supuesta cualidad positiva -o al menos, neutra- de un determinado entorno técnico es inseparable de su uso en la sociedad sometida como hoy la conocemos y, en consecuencia, no se podría pensar su utilidad o eficacia fuera de estas condiciones.

10. Es necesario que constatemos que la "fuerza de inercia" no se encuentra ya del lado de las estructuras tradicionales (campesinado, corporaciones de artesanos, ciertos sectores de la clase obrera...) que impedían una implantación rápida de las innovaciones técnicas, sino del lado de esta ideología del progreso tecnológico donde cada innovación es acogida con entusiasmo. Se trata por tanto de comprender cómo y por qué finalmente esta "fuerza de inercia" ha "cambiado de campo", cómo, en lo que respecta a las condiciones materiales y mentales de las sociedades occidentales, ella actúa contra nosotrxs, contra todo cambio de perspectiva. Pero paralelamente, hay también que percibir los desmoronamientos, las deserciones que las últimas crisis han provocado. En fin, ver cómo es posible minar esta inercia actual que ha tomado partido por el todo tecnológico y por la industrialización de la vida. En esta perspectiva, es interesante ver lo que nos puede aportar el contacto con otros modelos de producción así como calibrar el peso de la "inercia occidental" a nivel mundial, en las sociedades más tradicionales. En fin, la crítica del poder omnímodo del sistema técnico sobre nuestras vidas, a la vez bajo la forma de nocividades mortíferas y de estructuras alienantes, no puede soslayar el rol que tal vez va a jugar el mundo obrero, a través de sus posiciones defensivas y legítimas como sostén directo de la industria.

11. Si el proceso de industrialización supuso una primera ruptura con los límites impuestos por la naturaleza al dominio humano y a su capacidad de expandirse, al menos sabíamos que esos límites existían y podíamos detectar claramente los efectos y consecuencias nocivas de dicho proceso, en el momento en el que saturaban los topes de resistencia del medio y provocaban desórdenes identificables. Pero el avance de la industrialización incluye ahora la total artificialización del entorno sobre el que proyectar marchar sin encontrar ya obstáculos. Es el caso evidente del desarrollo científico e industrial de las biotecnologías (como ya lo fue el caso de la energía nuclear). En este punto, la artificialización se encuadra dentro de dos factores. En primer lugar, el de la llamada "mejora de las especies" que, en sustancia, no trata sino de modificar la base genética de las especies para adaptar-

las a un entorno que la industrialización y el mercado arrasaron previamente (polución de los elementos, sobreproducción, muerte de la diversidad, cambio climático, destrucción de prácticas agrícolas integradas, desbaratamiento de economías locales etc). En segundo lugar, a través de esta artificialización que se presenta como mejora y perfección de las especies, el nuevo mundo industrial trata de diseñar un terreno de experimentación y explotación donde los efectos nocivos no sean identificables pues, una vez rotos los límites del medio natural, no quedará un punto de referencia desde el que establecer la medida de un equilibrio entre las necesidades humanas y las necesidades de un determinado ecosistema, mientras que, al contrario, serán aquellas formas naturales que no respondan a criterios de perfeccionamiento y explotación las que aparezcan ahora bajo sospecha de causar graves desequilibrios. A tal punto de dominación totalitaria habrá llegado, ha llegado, la inversión de la relación del/de la ser humanx con su entorno natural.

Publicado en *Los Amigos de Ludd* n°1, diciembre 2001.

Publicado en *Antología de textos de los amigos de Ludd*, Biblioteca Social Hermanos Quero – Muturreko, 2009.

Disponible en: <http://vozcomoarma.blogspot.com.es/>



Para ampliar información:

Libros:

- *El mito de la máquina*, de Lewis Mumford.
- *La edad de la técnica*, de Jacques Ellul.
- *Sobre la historia*, de Walter Benjamin.
- *Perspectivas antidesarrollistas*, de Miquel Amorós.
- *Catastrofismo, administración del desastre y sumisión sostenible*, de René Riesel y Jaime Semprún.
- *Las ilusiones renovables*, de Los amigos de Ludd.
- *La sociedad industrial y su futuro*, de Theodore Kaczynski.
- *El abismo se repuebla*, de Jaime Semprún.
- *En ausencia de lo sagrado*, de Jerry Mander.
- *Chernobylus. De la servidumbre voluntaria a la necesidad de servidumbre*, de Roger Belbéoch.
- *Los pulsos de la intransigencia. Lemoiz, Leitxaran, Itoiz*, de Juantxo Estebaranz.
- *El salario del Gigante*, de José Ardillo.
- *El hombre unidimensional*, de Herber Marcuse.
- *Contra la megamáquina*, de David Watson.
- *Tecnópolis*, de Neil Postman.
- *La Dialéctica de la Ilustración*, de Adorno y Horkheimer.
- *Nosotros, los hijos de Eichmann*, de Günther Anders.
- *La Religión de la Tecnología*, de David F. Noble.
- *Técnica y Civilización*, de Lewis Mumford
- *La Megamáquina*, de Lewis Mumford
- *Vivir en el alambre y otros escritos*, de Ramón Germinal
- *Antología de textos de los amigos de Ludd*
- *La sinrazón de las ciencias, los oficios y las artes*, de Encyclopédie des Nuisances

Revistas:

- *Raíces. Crítica, análisis & debate en torno a la destrucción del territorio.*
- *Cul de Sac. Revista de pensamiento crítico.* (<http://revistaculdesac.blogspot.com.es>)
- *Ekintza Zuzena* (<http://www.nodo50.org/ekintza>)
- *Etétera. correspondencia de la guerra social.*
- *Resquicios. Revista de crítica social* (2006-2009)
- *Los Amigos de Ludd* (2000-2006)
- *La Encyclopédie des Nuisances* (1984-1992)
- *Maldejo* (2000-2001)

recull de materials per a l'anàlisi i el debat
Universitat Lliure de Mallorca

